

Selecta

Chris Razo

*¿Bailas
conmigo?*

¿Bailas conmigo?

Chris Razo

Selecta

Índice

[¿Bailas conmigo?](#)

[Sinopsis](#)

[1. Una obsesión disfrazada de amor](#)

[2. Papá](#)

[3. Reencuentros](#)

[4. Cambios](#)

[5. Llegó el día](#)

[6. Corazón herido](#)

[7. Perdiendo el miedo](#)

[8. Esquivando al amor](#)

[9. El comienzo](#)

[10. Algo inesperado](#)

[11. Lucha por lo que quieres](#)

[12. Días de tristeza](#)

[13. Descubriendo secretos](#)

[14. La felicidad tarda en llegar](#)

[15. Llegó el día](#)

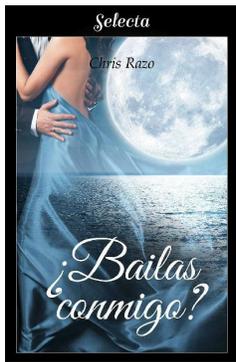
[Epílogo](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre Chris Razo](#)

[Créditos](#)



Una obsesión disfrazada de amor

Jaime cree haber encontrado el amor con Laura y no se resigna a perderla, pero su vida cambiará para siempre, cuando se dé cuenta de que ha puesto en peligro la vida de ella.

Sus años de terapias le harán comprender que el amor no duele, que el amor no se mendiga y que no puedes obligar a nadie a que te quiera si realmente no lo siente.

Una estrella en su vida

Durante meses entabla una amistad con alguien que cambiará su vida para siempre, y que le hará participe de algo que no espera, pero que llenará sus días de felicidad absoluta.

Una amistad basada en la lealtad y en la sinceridad le harán comprender que necesita algo más en su vida.

Un proyecto y una frase que marcará su vida: ¿Bailas conmigo?

El lugar donde todo comenzó con Laura será suyo. Hará su sueño realidad, pero no estará solo.

Laura le acompañará en ese camino y alguien aparecerá en su vida para poner su mundo patas arriba.

¿Bailas conmigo? Será mucho más que un local, será una frase que Jaime jamás podrá olvidar.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

1. Una obsesión disfrazada de amor

Hoy por fin, he recibido el alta de mi psiquiatra. Después de mucho tiempo, puedo decir que estoy completamente recuperado.

Han sido meses muy duros, en los que no veía el final del camino, pero ahora todo está bien. He comprendido que mi amor por Laura no era sano, y tenía que curarme.

Mi obsesión por ella me llevó a hacer cosas que yo jamás hubiera pensado. Fui capaz de secuestrarla solo para que estuviera conmigo.

No fui justo con ella, y hasta el día de hoy, no he podido pedirle disculpas por todo lo que hice.

Los primeros días de terapia fueron duros. Mi psiquiatra trataba de hacerme entender que lo que yo sentía por Laura no era amor, sino una obsesión que me había hecho enfermar.

Yo era incapaz de verlo así. Mi corazón me decía que estaba enamorado y que yo era lo que se merecía.

Lloré mucho. Ese era mi escape. La única manera que tenía para sobrellevar el dolor que me producía el estar lejos de la mujer que amaba.

Después de unos meses de terapia individual, mi psiquiatra decidió que sería bueno que entrara en un grupo y que escuchara los testimonios de gente que también había pasado por un mal momento. En ese instante, la idea no me entusiasmó, pero luego me di cuenta de que esa iba a ser mi mejor cura.

Allí conocí a Lena. Una mujer que me hizo comprender el valor de la vida, y lo equivocado que estaba con ciertas cosas.

Una mujer luchadora, con un corazón roto, el cual trataba de disfrazar bajo una bonita sonrisa.

El día que se presentó en terapia, supe que esa mujer solo venía a darnos un

hilo de esperanza a todos los que estábamos ahí, abrumados por nuestros problemas.

Un día coincidimos cuando yo salía de terapia, y juntos tomamos un café.

Lena era de esas personas con las que sientes una conexión especial. De aquellas que te sientas a hablar con ellas por primera vez, y sientes que la conoces de toda la vida.

Conseguimos crear una bonita amistad. Nuestras charlas se convirtieron en diarias, y poco a poco, conseguimos abrir nuestros corazones.

Ella había sufrido mucho con su última pareja, con la que había tenido una hija: Estrella. Una niña preciosa a la que tuve el placer de conocer muy pronto y que conquistó mi corazón.

Estrella era una niña morena, con el pelo largo y oscuro, lleno de rizos, que más que rizos, parecían caracoles. Su tez era oscura, lo que hacía todavía más impactante el color azul de sus ojos.

Era una niña llena de amor, y a la que le encantaba que le dieran cariño.

Los meses fueron pasando, y mi relación con esos dos ángeles que la fortuna me puso en el camino, cada día era más perfecta.

Fueron mi dosis de vitamina, para darme cuenta de que la vida tenía cosas maravillosas.

Un día, que parecía ser uno cualquiera sin importancia, Lena, me pidió que quedáramos para charlar. Su cara no era la misma de siempre, y yo empezaba a preocuparme.

—¿Ha ocurrido algo con Estrella? —pregunto—. Me has preocupado con tu insistencia para vernos hoy.

—No. Estrella está bien. Soy yo la que no lo está, Jaime. Necesito sincerarme contigo.

—Me estás asustando. Dime lo que sea ya.

—Me estoy muriendo. No me queda demasiado tiempo de vida, y necesito que hagas algo por mí.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo que te mueres? ¿Qué son esas tonterías?

—No es ninguna tontería, Jaime. Aunque si te soy sincera, me encantaría que esto no fuera más que una maldita pesadilla. Hace un año me detectaron un tumor en la cabeza. Al principio, parecía que la cosa no era demasiado grave, pero conforme pasaban los meses, la cosa se fue complicando. Traté de buscar una solución, pero al final comprendí que simplemente mi tiempo de estar aquí estaba llegando a su fin, y que lo único que tenía que hacer era aprovecharlo,

sobre todo por Estrella. No ha tenido, bueno... no va a tener una vida fácil, pero es una niña muy inteligente, y sé que sabrá cómo llevarlo.

»No pretendo darte pena con mi discurso. Yo misma sé las consecuencias de esto, y sé muy bien que tengo que irme, y no tengo miedo. Solo hay algo que me preocupa y que necesito resolver para poder irme tranquila. Lo que te voy a pedir es mucho más que un favor, y tienes todo el derecho a decirme que no, pero me gustaría que pensaras la respuesta, y que no me respondieras a la primera: quiero que te hagas cargo de Estrella. Sé que sería un cambio muy brusco en tu vida, pero desde que te vi con ella, comprendí que tú serías la persona adecuada para cuidarla. La niña te adora, y sé que tú también lo haces.

»Apenas tiene dos años, pero sé que su vida contigo al lado, es perfecta. No sé cuánto tiempo me queda, Jaime, pero necesito saber que mi hija va a estar con alguien que la quiera y la cuide. Es lo único que me hace falta para poder irme en paz. Me gustaría que se quedara con algún familiar, pero tú sabes que eso no es posible. No me respondas todavía. Piénsalo.

—Sí.

—¿Cómo que sí?

—Que acepto. No tengo nada que pensar. No sé cómo seré siendo padre; puede que sea un desastre, pero también tengo claro lo mucho que adoro a esa niña y a ti. Las dos habéis sido un pilar fundamental en mi recuperación, y eso jamás podré olvidarlo. No quiero pensar que Estrella puede quedarse sola. No podría soportarlo. Puedes contar conmigo para todo. No pienso dejaros solas a ninguna de las dos. Vosotras sois parte de mi vida.

Esa conversación me dejó tocado durante meses. No quise demostrarle a Lena el miedo que sentía. Quería que, cuando llegara el momento, ella se fuera tranquila, y sabiendo que su hija se quedaba en las mejores manos.

Y así fue. Tras meses de papeleos, lo que parecía algo lejano, se convirtió en una realidad: Estrella era mi hija.

Esa fue mi cura. Un año internado, meses de terapia, y mi mayor medicina fue conocer a esas dos mujeres que se metieron en mi corazón para no salir jamás.

Ocho meses más tarde, Lena nos dejaba con un vacío muy grande en nuestras vidas.

Era complicado explicarle a una niña de tan solo dos años que su mamá se había marchado para no regresar.

2. Papá

Cinco años después...

—Papá, ¿me llevarás contigo?

—Sabes que no puedo, cariño. Te tocará quedarte con la abuela.

—¿Cuándo podré conocer ese sitio, papi?

—Pronto, hija. Te lo prometo.

Han pasado cinco años, y mi vida se ha convertido en una auténtica locura.

Ser padre no ha sido tarea fácil, pero tengo que reconocer que Estrella me lo pone todo muy fácil. Es una niña muy buena.

Nunca pensé que alguien pudiera llenar mi vida como lo ha hecho ella.

En este tiempo solo me he dedicado a mi princesa.

Después de dos años de excedencia en el colegio, volví a mi puesto, pero sigue faltándome algo.

Me quedaba un sueño por cumplir, y cada día está más cerca.

Hace aproximadamente dos meses, Roland me llamó para darme una terrible noticia. El lugar donde fui tan feliz y en el que encontré mi escape cerraba sus puertas. El dueño ya no podía seguir con el negocio. Ya no daba el beneficio de años atrás. La gente casi no iba a bailar, y parecía que todo se había perdido. Roland me comentó que él ya había dejado de dar clases hacía meses, y que solo pasaba por allí de vez en cuando.

Al igual que a mí, me dijo que se lo había dicho a Laura. Él sabe lo que ha significado ese lugar para nosotros.

No pude evitar preguntar cómo estaba ella. Hace años que no nos vemos, y aunque se ha preocupado por mí, no he tenido el valor para poder darle las gracias.

Después de esa llamada, una noche decidí irme al Latin Club para hablar

con el dueño. No podía dejar que el lugar donde fui tan feliz acabara para siempre sin más.

Hablamos durante tres horas. Me comentó lo que pedía, y yo me fui a casa a meditar. Había mucho en lo que pensar, y tenía que tomar una decisión rápida.

¿Y cuál era? Quedarme con el Latin Club, hacerle un lavado de cara, y realizar un sueño pendiente.

Conseguí llegar a un acuerdo con el dueño. En unos meses, ese lugar sería mío. Después de una buena reforma.

A Estrella siempre le he contado mi pasión por el baile, y parece que ella ya también da sus primeros pasos en ello. Está emocionada con ir al local, pero eso no será posible hasta que esté terminado.

El día del cierre llegó y yo estaba nervioso. Me volvería a encontrar con Laura, pero haría que nuestro encuentro fuera especial. Sé que sigue con Mario, pero yo ya no la veo con los mismos ojos con que la veía antes. He entendido que el amor es otra cosa. Solo tengo ganas de verla y poder abrazarla.

3. Reencuentros

Han pasado varios años desde que Laura y yo nos vimos por última vez, pero muchos más desde que no bailamos aquí.

Los recuerdos inundan mi mente, pero esta vez lo hacen sin dolor, y provocándome una sonrisa.

Llego justo en el momento en el que Laura está bailando con Roland.

Está espectacular. Los años no han conseguido cambiar nada en ella. Sigue siendo una chica preciosa. No puedo parar de observar cómo Roland y ella bailan. No ha perdido nada de técnica. Siempre he pensado que tendría que haberse dedicado a esto. Pero yo no estoy aquí por casualidad. Esta noche habrá muchas sorpresas, y no solo nuestro reencuentro.

Aprovecho el momento exacto, mejor dicho, la canción perfecta para acercarme a Laura. Rozo su espalda suavemente, y de mi boca sale la frase que una y otra vez pronuncié estando con ella:

—¿Bailamos? —Se gira y cuando me ve, se tira a mis brazos. Yo no puedo parar de sonreír. Volver a verla me hace feliz.

—¡Dios! ¡No puedo creer que estés aquí! —Sus ojos se llenan de lágrimas. Yo le acaricio las mejillas con todo el cariño, y le digo:

—¡No se te ocurra llorar! He venido para celebrar y disfrutar.

—No esperaba que vinieras. No he sabido nada de ti. Bueno, sí; Roland me contaba cómo estabas, pero no te había vuelto a ver.

—Era mejor así.

—Lo sé. ¿Estás bien?

—Sí. Todo mejor. ¿Qué dices a mi pregunta? —Laura mira a Mario y él sonríe. Me tiende la mano y nos dirigimos a la pista de baile.

La magia que sentíamos cuando bailábamos vuelve. No solo lo siento yo,

también lo hace la gente que nos está viendo.

Cuando la canción acaba, sonrío.

—Parece que no ha pasado el tiempo —digo.

—Es cierto. He sentido que estábamos en ese concurso de nuevo.

—Yo también. Quiero decirte algo. —Ella se tensa.

—Dime —responde.

—Quiero pedirte perdón por lo que sucedió hace unos años. Estaba enfermo. No quise verlo, y me arrepiento de todo lo que sucedió. Nunca debí retenerte; no debí tratarte así.

—*Shhh...* eso ya es pasado. Todo está olvidado. ¿Tú estás bien? Quiero decir, ¿estás recuperado?

—Sí. El tiempo que estuve internado me ayudó mucho. Luego seguí con terapia. Lo dejé todo hace un año más o menos. Estoy lleno de recuerdos y de culpa a partes iguales, pero mi obsesión se ha curado. Fue duro, Laura, pero comprendí que lo que sentía por ti, me estaba matando.

—Yo debí ver lo que estaba pasando.

—No fue culpa tuya. Me obsesioné y enfermé. Solo quiero que sepas, que jamás te hubiera hecho daño. Estaba muy jodido, pero el amor que sentía por ti no me hubiera dejado hacerte nada.

—Yo lo sé, Jaime. Pensé mil veces en llamarte, pero no fui capaz. Quise dejarte tu espacio, aunque siempre me he arrepentido de no hacerlo. Roland siempre me contaba cómo estabas.

—Sé que durante todo el tiempo que estuve internado, no hubo día que no llamas. Eso me hizo muy feliz, te lo aseguro. Veo que Mario y tú por fin conseguisteis estar juntos. Me alegro mucho.

—Sí. El camino fue duro, pero la recompensa valía la pena. Hace casi un año que nos casamos, y tenemos una niña de cuatro años.

—¿De verdad?

—Sí. Si hubieras venido un poco antes, la habrías visto.

—Me hubiera encantado. Yo también soy padre.

—¿En serio? ¿Te casaste?

—No exactamente. Conocí a alguien especial, y la niña se metió en mi vida sin pensarlo. Estaban solas, y necesitaba que alguien se encargara de la niña cuando ella faltara. Estaba delicada de salud. Simplemente la adopté sin más. Ahora tiene seis años, y es la niña de mis ojos.

—¡Vaya, eso es fantástico! —dice Laura.

—Lo es. Para ojos de todo el mundo es mi hija; así lo siento. Puede que no lleve mi sangre, pero a veces no se trata de eso. Se trata de amar a alguien de manera incondicional, de saber que, si le pasara algo, te faltaría el aire. No necesito que nadie me diga que es mía para sentirlo así. Me llama papá y, para mí, eso es lo más importante.

—¡Eres una persona increíble! Me gustaría poder conocer a tu hija algún día. Seguro que a Luna también le gustaría.

—¿Se llama Luna? —No puedo evitar reírme.

—Sí. ¿Por qué te ríes?

—Mi hija se llama Estrella. —Los dos comenzamos a reír sin parar—. ¿Cuánto hacía que esto no pasaba entre nosotros? ¿Años? Nunca es tarde para recuperar a alguien, ¿no?

Volvemos a donde está todo el mundo. Me saludan con mucho cariño. Mario también.

—Ahora que estamos todos aquí —que, por cierto, nunca pensé que pudiéramos estar reunidos de esta manera—, querría que supierais algo. Yo no estoy aquí por casualidad. Todos sabéis que hace años, pasé por una situación complicada, pero que todo está resuelto ya. Estoy recuperado. Ya le he pedido a Laura perdón, y también quiero hacerlo contigo, Mario. No recuerdo muchas de las cosas que dije, pero sí sé que te hice daño con mis hechos. Solo quiero decirte, y no quiero justificarme con ello, que, en ese momento, era una persona enferma. Me ha costado años admitirlo, pero esa es la verdad. Espero que me perdones.

—No tengo nada que perdonarte. Durante mucho tiempo fuiste una persona muy importante en la vida de Laura, y creo que, a día de hoy, lo sigues siendo. Entiendo por lo que pasaste, y no tengo nada que reprocharte —responde Mario.

—Te lo agradezco de verdad. Igualmente me gustaría disculparme con todos. De alguna manera o de otra, todos os habéis visto envueltos en aquello. Dicho esto, vamos a otra cosa muy importante: hoy cierra el Latin Club. Para muchos es solo un bar de copas y de baile, pero para Roland, Laura y para mí es mucho más que eso. Es un pedacito de nuestra vida. Cuando supe que cerraba, se me encogió el corazón.

»Hace unos ocho años, me senté en esta barra por casualidad. Pedí una copa y me quedé fascinado con lo que aquí sucedía. La gente no solo venía a bailar, venía a vivir una vida diferente a la que tenía fuera. Solo había que verme a

mí, profesor de primaria por las mañanas, y bailarín por las noches. Cuando entré, Roland me tendió su mano, yo ya sabía bailar, pero él me enseñó mucho más. Me enseñó a transmitir con el baile, a sentir, y a ver la vida de otra manera. Cuando le vi bailar con Laura, lo supe: había encontrado a mi pareja de baile. Hablaba con Roland del tema muchas veces, pero él siempre me decía lo mismo: «Ella solo viene aquí para alejarse de su vida de fuera. No quiere otra pareja que no sea yo. Dudo que consigas que cambie de opinión».

»Al final, lo hice. Con el tiempo, y por una buena casualidad de la vida, conseguí que bailáramos, y desde que lo hicimos, los dos comprendimos que lo nuestro no era solo bailar. Todo el mundo decía que teníamos magia, que parecíamos pareja, aunque no lo fuéramos.

»Durante meses, fui feliz en este bar, esperando a que ella cruzara esa puerta y me dedicara una sonrisa. Y no una cualquiera; la más especial de todas. Fui muy feliz con ella, y la quise mucho. Tanto que me dolía...

»He pasado los mejores momentos de mi vida aquí. Si miro atrás, recuerdo cada uno de ellos con el mismo cariño. Yo no podía dejar que mis recuerdos se quedarán así: guardados. No podía permitir que cerraran el sitio donde hemos sido tan felices, así que... ¡He comprado el local! El Latin Club, tiene nuevo dueño, y soy yo. —Todos se quedan de piedra al escucharme—. No voy a permitir que esto cierre.

—¿Qué estás diciendo? Si yo mismo hablé con el dueño y me dijo que no lo vendería a nadie —dice Roland.

—Le dije que me guardara el secreto. Quería que fuera una sorpresa para todos, aunque todavía queda otra. Es un deseo que he tenido desde que supe que esto cerraría, y que me gustaría que se cumpliera, pero para que eso suceda tengo que contar con la ayuda de alguien. —Miro a Laura—. Mi idea es montar una escuela de baile, y que, por la noche, esto siga siendo un club de baile. El nombre lo cambiaría y bueno... solo quería saber si puedo contar contigo para esto, Laura. ¿Te gustaría ser la profesora de baile del *Bailas conmigo*? —Se queda impactada con mi pregunta—. Puede que sea una locura, pero sé que los dos lo haríamos muy bien. Por supuesto, solo sería por la mañana, de las noches dejaríamos que se encargara Roland, como siempre. ¿Qué me dices?

—No sé. Es una locura. No puedo decidir algo así de repente. Acabas de aparecer en mi vida después de tantos años, y me dices que sea la profesora de baile de tu local. El sitio donde nos conocimos y que ha sido tan importante

para mí.

—Por eso no puedo pensar en otra persona que no seas tú. Cuando lo cogí, lo hice con esa idea. Sería todo estrictamente profesional, y siempre como buenos amigos.

—¿Puedo pensarlo?

—Tienes un mes para decidirte. Pienso hacerle un lavado de cara al local, y me va a llevar algo de tiempo. En un mes espero verte por aquí dando clases a los nuevos bailarines.

Esa noche cierra el Latin Club, pero no de la manera que yo imaginaba. Lo hace para abrir una nueva etapa.

4. Cambios

El siguiente mes se convierte en una autentica locura. No tengo demasiado tiempo para hacer la reforma, y algunas cosas se están retrasando.

Quedan menos de dos semanas para abrir, pero hay demasiadas cosas por hacer. Laura todavía no me ha dado una respuesta, pero sí que me está ayudando con la reforma del local. Mario también lo ha hecho.

Si me hubieran dicho que él y yo acabaríamos siendo amigos, jamás lo hubiera creído. Supongo que las cosas ahora son muy distintas a hace años. Ahora cada uno tiene su vida. Él tiene a Laura, y yo solo quiero tenerla en mi vida como una amiga.

Roland también se está encargando de algunas cosas del local, pero, sobre todo, de las contrataciones para el día de la apertura.

A veces pienso que no sé dónde me he metido, pero luego me doy cuenta de que solo estoy cumpliendo un sueño.

Me encanta mi trabajo en el colegio porque adoro a los niños, pero en este momento, sé que mi felicidad está en otro sitio.

Días más tarde, recibo la llamada de Laura. Quedamos en el bar, y allí charlamos.

—Esto cada día va mejor —me dice.

—Sí, pero la cosa va demasiado lenta. No sé si seré capaz de abrir para la fecha que me prometí.

—No te agobies. Todavía quedan muchos días para eso. Tienes que relajarte. Te pasas aquí todo el día, y estoy segura de que apenas descansas.

—Tienes razón, pero no sé hacerlo de otra manera. Necesito que todo salga bien.

—Y saldrá, Jaime.

—No sé cómo agradeceros a ti y a Mario todo lo que estáis haciendo.

—No tienes nada que agradecer. Lo hacemos encantados.

—No quiero que tengas ningún problema con Mario por mi culpa, Laura.

—No te preocupes por eso. Mario sabe perfectamente que entre nosotros solo hay una bonita amistad, y se alegra mucho de que estés bien.

—Lo sé. Parece que estos años han cambiado muchas cosas. Es buen tío.

—Lo es. Ahora que estamos hablando de eso, quería contarte algo. He estado pensando en la pregunta que me hiciste, he barajado las posibilidades, los pros, los contras y...

—¿Y? Me estás poniendo nervioso.

—¡Acepto! Va a ser una locura, pero estoy dispuesta a arriesgar. Me hace mucha ilusión compartir tu sueño, pero, sobre todo, me apetece volver a bailar contigo. —Corro hacia ella y la cojo en brazos.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero? ¡Eres la mejor amiga del mundo!

—Sus mejillas se sonrojan.

—Espero que todo esto salga bien. Aunque puede que haya días que no pueda venir.

—No te preocupes por eso. Con saber que estarás a mi lado dando clase, es más que suficiente. Los horarios los veremos con el paso de los días. ¡Es genial que aceptes!

—Para mí el baile siempre ha sido importante, y aunque no he podido dedicarme a ello, ser profesora es lo más parecido. Me hace mucha ilusión, Jaime.

—¡Me encanta que estemos juntos en esto después de todo!

Mario entra al bar, y una niña pequeña corre hacia Laura.

—Cariño, ¿qué haces aquí? —pregunta ella.

—Le he dicho a papá que quería verte —dice la niña. La miro, y puedo comprobar que es igual a su madre. Tiene el pelo castaño, unos rizos caen por sus hombros. Sus ojos son marrones, y en su carita se refleja una tierna sonrisa.

—Ven, cariño. Quiero presentarte a alguien —dice Laura. La niña coge la mano de su madre, y me mira—. Él es Jaime: un buen amigo de mamá. Jaime, está es mi hija Luna. —Me agacho para estar a su altura y sonrío.

—Hola, Luna. ¿Cómo estás? ¿Sabes que eres igualita a tu mamá?

—Hola, Jaime. Todo el mundo dice que soy igual que mami. —Mario se

acerca a la niña y la coge en brazos. Me tiende la mano para saludarme.

—¿Cómo va todo, Jaime?

—Hola, Mario. Todo muy lento. Eso le decía a Laura, que a lo mejor me he precipitado queriendo abrir tan pronto.

—Creo que no queda tanto para abrir. Puedo hablar con un amigo del trabajo. Él entiende de reformas y te puede echar una mano.

—¿De verdad?

—¡Claro que sí! Hoy estoy de tarde, así que mañana podré decirte algo.

—Te lo agradezco, Mario.

—No tienes nada que agradecerme. El fin de semana vendrá mi madre. Laura y yo podemos venir a ayudarte.

—No quiero fastidiar vuestros planes.

—No nos fastidias nada, Jaime. Ya te lo he dicho, estamos encantados de ayudarte —dice Laura.

—Amor, tenemos que irnos —dice Mario.

—Hablamos más tarde, Jaime —se despide Laura.

—Adiós, princesa. ¿Nos veremos otro día? —Me acerco a la niña y acaricio su mejilla.

—Mamá, ¿le veremos otro día?

—¡Claro, cariño!

—Adiós, Jaime —me dice sonriendo.

Me despido de ellos, hago unas llamadas y me voy. Necesito descansar.

Cuando llego a casa, Estrella me recibe con un beso y un abrazo.

Últimamente le quito demasiado tiempo y, a veces, no lo entiende; no deja de ser una niña. Prometo que el fin de semana organizaremos algún plan. Puede que Laura, Luna y Mario quieran venir con nosotros.

El fin de semana llega y, como le había prometido a mi hija, hoy comemos con ellos. Puedo ver el entusiasmo en sus ojos.

Cuando llegamos, ellos ya están allí. Las niñas congenian perfectamente, y se pasan jugando toda la comida.

Yo estoy feliz, no solo por mi hija, también por mí; por haber recuperado a una persona a la que siempre he querido.

Después de un fin de semana estupendo, todo vuelve a la normalidad.

Hoy es mi último día en el colegio. Tan solo quedan unas semanas para la

apertura, y tengo que estar al cien por cien.

Han sido unos años maravillosos, pero ha llegado el momento de partir. Sé que los niños me echarán mucho de menos, y eso es lo más gratificante.

Ahora solo queda pasar la hoja y vivir mi nueva vida.

5. Llegó el día

Meses de locura, falta de horas y una reforma interminable, por fin se convierten en mi sueño terminado: la inauguración del *¿Bailas conmigo?*

Dudo que pueda olvidar este día.

La apertura será a las once, pero yo llego antes de las seis para preparar todo. Laura me acompaña.

—¿Nervioso? —pregunta.

—Mucho. Creo que es el cambio más grande de mi vida.

—¿Tú crees? —Ella sonríe.

—Lo cierto es que el cambio más grande fue ser padre, pero este creo que podría ser el segundo.

—Todo va a salir perfecto. Has estado mucho tiempo trabajando en esto y te mereces que salga perfecto.

—Confío en que sea así. Por cierto, Luna está deseando que la lleves a tu casa a jugar con Estrella. Vive llena de ilusión desde que conoció a tu hija.

—A Estrella le pasa lo mismo. No hay día que no pregunte por Luna. Parece que van a ser buenas amigas. Puedes dejármela cuando quieras. Sabes que no me importa.

—Creo que no solo nos vamos a ver trabajando —sonríe.

Laura y yo ultimamos los detalles y horas más tarde, llega Roland para ayudarnos con todo lo que queda pendiente.

El momento de abrir llega, y me siento muy arropado por la gente. Es una noche llena de sorpresas, también para mí.

Laura me dedica unas palabras que me hacen estremecer.

—Lo primero que quiero hacer es dar las gracias a cada uno de vosotros por estar aquí. Creo que ninguno pensábamos que pudiera haber tantas

personas aquí hoy. Lo segundo: quiero agradecer a Jaime su valentía para llevar a cabo este proyecto. Su energía, sus ganas, su entusiasmo, su coraje. Gracias por sacar adelante algo tan bonito como esto. Los que te queremos estamos orgullosos de ti. Espero que con este sueño, del que nos has hecho partícipes, llegues muy lejos. Confiamos en ti y sabemos que serás capaz de llevar a *¿Bailas conmigo?* A lo más alto. Gracias por contar conmigo.

Sus palabras me dan aliento en estos momentos en los que mi vida se parece más a una montaña rusa.

La noche sale perfecta. Laura, Roland y yo bailamos varias canciones, y la gente parece muy animada. Hacemos sorteos y disfrutamos de la noche. Cuando pensaba que no podía sorprenderme nada más, aparece una mujer con una melena larga y rubia en la pista y coge la mano de Roland.

Nunca la había visto por allí, pero parece que ellos dos se conocen por la forma en la que bailan.

Desde que empieza la canción no puedo quitar mis ojos de ella.

Hacía mucho tiempo que una mujer no despertaba tanto interés en mí.

Cuando terminan la canción, Roland y la mujer misteriosa se acercan a la barra donde estamos Laura y yo.

—Hola, chicos. Vengo a presentaros a una futura alumna. —Mis ojos se clavan en esa mujer. Es mucho más bella de cerca. Sus ojos tienen un verde intenso, pero lo que de verdad me cautiva es su sonrisa.

—¿Alumna? —consigo decir después de pasarme unos minutos contemplándola.

—Sí. Está interesada en vuestras clases.

—No creo que te hagan falta nuestras clases. Bailas increíblemente bien —añado.

—Me gustaría perfeccionar algunas cosas. Roland me ha hablado muy bien de vosotros, y me gustaría asistir a vuestras clases. —No puedo negar que estoy encantado de que quiera hacerlo con nosotros.

—¡Estaremos encantados! —dice Laura. ¿Sabes que las clases son por la mañana?

—Lo sé. Aunque creo que eso va a ser mi gran problema. Trabajo todo el día, y no sé cómo podríamos organizarnos.

—No te preocupes. Buscaremos algún hueco —digo.

—¿Las clases son colectivas? —pregunta. Antes de que pueda contestar, Laura se adelanta.

—Las de por la mañana sí. Las impartiremos los dos juntos, pero Jaime dará clases particulares algunos días. Podéis poneros de acuerdo entre vosotros. —Laura me dedica una sonrisa pícaro, y entiendo lo que ha querido decir con eso.

—¿Tendrás algún hueco para mí? —pregunta. En ese momento, las ganas de decirle que sí me pueden, pero quiero ser precavido.

—Lo miraremos —le digo.

—Perdonadme. No me he presentado. Me llamo Silvia. —Laura se acerca y le da dos besos. Yo hago lo mismo. Cuando se acerca a mí, noto un escalofrío que recorre mi cuerpo. Su perfume se queda impregnado en mi piel, y su sonrisa en mi mente.

—Te dejo una tarjeta para que puedas llamarnos y concretar las horas. — Laura se la da, pero antes de que pueda tocar su mano, yo la cojo al vuelo. Saco un boli de mi bolsillo, apunto mi teléfono y se lo doy.

—El teléfono de la tarjeta es el de aquí. Será más fácil localizarme en mi teléfono personal.

—Gracias, Jaime —vuelve a sonreírme, y yo hago lo mismo.

—De nada, Silvia.

—Tengo que irme. Se me ha hecho un poco tarde. Encantada de conoceros. Nos vemos, Roland —se despide de nosotros y se marcha.

—¡Jaime! ¡Te has quedado embobado! —me dice Laura.

—¡Claro que no!

—¡Te ha gustado esa chica!

—¡No digas tonterías, Laura!

—Jaime, te conozco muy bien. Sé que esa chica te gusta. Deberías...

—¡Ni lo digas! Solo estaba siendo amable con ella. La muchacha solo quiere unas clases. —Laura y Roland sonrían. En el fondo, tengo que admitir que esa mujer me ha cautivado.

La noche acaba siendo perfecta, y cerca de las cinco, todos volvemos a casa.

Ha sido un día agotador, pero la acogida que ha tenido la gente con el nuevo local ha sido increíble. Me voy contento a dormir, aunque tengo que reconocer que ese no es el único motivo. Silvia no le ha dado tregua a mi mente. No he conseguido sacarla de mi cabeza desde que la vi bailar en la pista. Esa noche mi último pensamiento es ella.

Al día siguiente es sábado, pero mi Estrella no entiende de horarios. Se abalanza sobre mí y me pide el desayuno.

—¿No podrías dejar dormir un poquito más a papá?

—No, papi. Quiero estar contigo todas las horas del mundo. —Con esa frase ya ha conseguido convencerme.

—¡Está bien! ¿Qué quieres desayunar?

—¡Tortitas con chocolate!

—¿Y un *Nesquik* con galletas?

—¡Papá!

—De acuerdo. Unas tortitas con chocolate. ¡Vamos a la cocina!

Estas son algunas de las ventajas de ser padre. Se acabaron los sábados de dormir y los desayunos saludables.

Cuando estamos en la cocina, me suena un wasap. Cojo el teléfono de la encimera y descubro que no conozco el teléfono:

DESCONOCIDO_11:15

Buenos días. Perdona por el atrevimiento. Soy Silvia. Me gustaría hablar contigo de las clases. Espero no molestarte.

Lo último que esperaba es que fuera ella la que me mandara el mensaje. Decido contestar:

JAIME_11:17

Buenos días. No me molestas en absoluto. Dime qué disponibilidad tienes y vemos cómo nos podemos cuadrar los dos.

SILVIA_11:19

Entro a trabajar a las ocho y salgo a las dos. Después entro a las cuatro y salgo a las seis. Sé que pido demasiado, y que las clases son por la mañana, pero de verdad estoy interesada.

JAIME_11:21

Tienes unos horarios algo complicados, pero trataré de hacerte un hueco. No te preocupes. Puede que tenga que ser en diferentes días y distintos horarios. ¿Te importaría?

SILVIA_11:23

En absoluto. Lo que tú me digas estará bien.

JAIME_ 11:25

Déjame que lo mire y te digo algo.

SILVIA_ 11:27

Gracias por ser tan amable conmigo, Jaime. No te molesto más. Que pases un fin de semana excelente.

JAIME_ 11:28

Igualmente, Silvia.

¿Qué me ocurre con esta mujer? No la conozco de nada. Solo la vi ayer, y el simple hecho de que me haya mandado un mensaje, ya me hace sonreír. En estos años no he vuelto a pensar en el amor. Después de todo lo vivido, no tenía sentido. No entiendo por qué se ha metido en mi mente de esa manera.

El fin de semana pasa más rápido de lo que pensaba. Disfruto de mi hija todo lo que puedo. También de mis horas libres, que, durante estos meses, han sido escasas.

Hay algo en lo que no he podido dejar de pensar en el fin de semana: Silvia.

6. Corazón herido

La semana comienza estructurando horarios. Para nuestra sorpresa, se ha apuntado mucha gente a las clases, y ya tenemos formados dos grupos en horarios diferentes.

Esa semana no damos clase porque nos dedicamos a organizar los grupos y a ponernos de acuerdo entre nosotros.

Cuando llega el viernes, todo está montado, pero algo ronda mi mente. Decido hablar con Laura.

—¿Puedo hablar contigo de algo?

—¡Por supuesto!

—El fin de semana me escribió Silvia. La chica que estuvo bailando con Roland.

—¿De verdad? ¿Qué quería?

—Concretar lo de las clases. Tiene horarios complicados, y solo podría darle clases o a mediodía o por la noche. Lo último sería casi imposible, por lo menos algunos días, porque no quiero mover los horarios de Estrella.

—¿Solo te preocupan los horarios?

Pienso la respuesta unos segundos.

—¿Qué iba a ser?

—Creo que hay algo más, y que no es de los horarios de lo que quieres hablarme.

—Está bien. No es por los horarios. Desde que la vi en la pista de baile, no he podido sacarla de mi cabeza, y todavía no sé por qué. No la conozco de nada, Laura.

—¿Y qué hay de malo en eso? Creo que a ella también le llamaste la atención. Te aseguro que no era conmigo con quien quería tener las clases.

—¿Tú crees? No quiero precipitarme. Quizás solo quiera unas clases y nada más.

—¿Por qué no empiezas a dárselas y sales de dudas? Volver a verla te dará la respuesta que estás buscando.

—Puede que tengas razón. Voy a escribirle. Gracias, Laura.

—No tienes que dármelas. Creo que esa chica te gusta, y a mí me pareció una buena gente a simple vista. Puede que siendo su profesor surja algo más.

—No estoy seguro de poder tener algo con alguien todavía.

—Sé que no has tenido buenas experiencias, pero ¿no conoces eso de que a la tercera va la vencida? Puede que contigo también sea así.

—No quiero hacerme ilusiones antes de tiempo. Ya te lo he dicho; no la conozco de nada. Puede que ni siquiera seamos capaces de congeniar.

—Dudo mucho que eso suceda. Espero que me cuentes lo que ocurra. — Laura me dedica una tierna sonrisa y me acaricia el hombro—. Tengo que marcharme. ¿Hablamos mañana?

—¡Claro!

Laura se marcha, y detrás lo hago yo. Cuando ya estoy en casa, decido ponerle un mensaje a Silvia.

JAIME_15:30

Hola. Perdona por no haberte escrito en toda la semana. Hemos estado cuadrando los horarios de las clases. Tengo varios huecos.

Dime cuál podría cuadrarte:

Lunes, de 14:15 a 15:15.

Martes, de 18:30 a 19:30.

Viernes, de 19:00 a 20:00.

Siento no poder ser más amplio en los horarios, pero lo cierto es que, en este momento, me resulta complicado.

SILVIA_15:40

¡¡Hola!! Me alegra que me hayas escrito. ¿Puedo quedarme con los lunes y los viernes? Los martes me vienen fatal. Te agradezco el esfuerzo que haces por mí.

JAIME_15:45

Puedes quedarte con lo que quieras. No es ningún esfuerzo. Yo siento

no poder tener más horarios pero, de momento, es lo único que puedo ofrecerte. ¿Quieres que empecemos el lunes?

SILVIA_15:48

Por mí estupendo. ¿Tengo que llevar algo?

JAIME_15:50

Lo único que necesitas son ganas de bailar. Nos vemos el lunes. Pasa un buen fin de semana.

SILVIA_15:51

Eso siempre. Tengo muchas ganas de que llegue el lunes. Tú también pasa un gran fin de semana. Un beso.

¡Hecho! El lunes nos veremos y descubriré si es solo atracción, o hay algo más detrás.

El fin de semana el *¿Bailas conmigo?* está a rebosar. Me paso por allí un rato por la noche para supervisar todo, pero lo cierto es que Roland lo lleva estupendamente. Lleva muchos años con esto y tiene don de gentes.

Lo que no imaginaba era que allí volvería a encontrarme con ella.

Cuando me ve en la barra se acerca a mí y me da dos besos.

—¡Qué sorpresa! No esperaba encontrarte aquí. Roland me dijo que las noches eran tuyas.

—Sí. Solo he venido a ver cómo iba la cosa, pero ya me marchó.

—¿Te vas? ¿Por qué no te quedas un rato?

—No sé sí...

—¿Bailas conmigo? —Esa frase hace que sienta un cosquilleo en mi estómago.

—Bailo contigo —digo. Los dos sonreímos y nos acercamos a la pista de baile.

Suena una bachata. Cojo su cintura y ella pega su cuerpo al mío. Es este momento, vuelvo a sentir un escalofrío que recorre mi cuerpo.

La canción dura tres minutos, pero a mí me parecen segundos.

Hace tiempo que no sentía esta conexión con nadie al bailar. Siendo sincero, eso solo ha ocurrido una vez, y ha sido con Laura.

Nos separamos y ella me dedica una bonita sonrisa.

—Parece que vas a ser un buen maestro —me dice.

—Creo que no necesitas que te dé clases. Lo haces mejor que yo —añado.

—Eso es imposible. No pienso renunciar a tus clases.

—Yo tampoco quiero que lo hagas.

Nos acercamos a la barra y tomamos algo. Cuando miro el reloj, me doy cuenta de que es demasiado tarde.

—¿Ocurre algo? Pareces preocupado.

—Se me ha hecho un poco tarde. Tengo que irme.

—¿Tan pronto? Solo son las dos.

—Lo sé, pero prometí que llegaría... —No termino la frase. El semblante de Silvia se vuelve serio y me dice:

—No te preocupes. Nos veremos el lunes. —Me da un beso en la mejilla y se aleja. Siento una punzada en el corazón. Silvia me gusta mucho, pero mi vida es muy complicada. Tampoco quiero una relación de unos días. Hace tiempo que eso dejó de llenarme. Podría preguntarle qué es lo que quiere ella, pero lo cierto es que me da miedo su respuesta.

Cuando llego a casa, Estrella está dormida. Me acerco para darle un beso y me siento en el sofá. Mi madre me tiende una taza de café.

—¿Café a estas horas, mamá? —pregunto.

—Sé que necesitas hablar. —Siempre he pensado que mi madre es bruja, o que tiene un sexto sentido para averiguar cuándo me ocurre algo.

—Tienes ese poder sobre mí. Soy transparente para ti.

—Lo eres, hijo. Ahora cuéntame qué ocurre.

—Me siento mal por haber llegado tan tarde. Me gusta darle las buenas noches a Estrella.

—¿Tarde? Solo son las dos y media hijo. Hace años que no sales. Siempre estás con Estrella. No puedes sentirte culpable por salir, y menos cuando has ido a tu lugar de trabajo.

—Solo quería ver si la cosa iba bien, pero me encontré con alguien y me olvidé de todo. Eso no puede volver a suceder.

—¿Qué hay de malo en vivir? Eres padre, pero no puedes vivir preso de eso. Eres lo mejor que le ha pasado a Estrella. No tienes nada que reprocharte. Has sabido ejercer la paternidad como nadie. Ella crecerá, Jaime, y volará como hiciste tú en su día. No puedes renunciar a tu vida solo porque tienes una hija. El amor es compatible con ello.

—¿Quién ha hablado de amor?

—No lo has hecho con palabras, pero tus ojos dicen mucho más de lo que expresas. Está claro que tu compañía era una mujer. Ahora solo quiero que me cuentes quién es.

—La conocí por casualidad. Quiere que le dé clases, aunque baila demasiado bien como para necesitarlas. Tú sabes lo importante que es para mí el baile, y con ella... he vuelto a sentir cosas.

—Esas que tanto miedo te dan. ¡Hijo! Tu corazón está recuperado. Tienes todo el derecho a volver a enamorarte. No siempre tiene que salir mal.

—Lo sé, mamá, pero creo que todavía no estoy preparado para eso.

—Para el amor nunca se está preparado. No sé quién será esa chica, pero si de verdad te gusta, no dejes que se te escape. Puede que esas clases solo sean una excusa para estar cerca de ti.

—¿Tú crees?

—Estoy convencida. Y ahora, vete a la cama. Mañana tu hija te exprimirá como todos los domingos. —Los dos reímos.

—Gracias, mamá.

Me quedo con todas las palabras que me ha dicho mi madre. Quiero pensar que tiene razón, y que tener una hija no es incompatible con encontrar el amor.

7. Perdiendo el miedo

El lunes llega rápido y, con él, mis ganas de ver a Silvia.

A las dos y cuarto entra como un huracán en el local.

—¡Lo siento, Jaime! Quería llegar antes, pero ha sido imposible —dice.

—No te preocupes. Respira. Son las dos y cuarto.

—Pensaba que iba a llegar antes, pero me han entretenido en el trabajo. —

Le cojo la mano y la miro.

—Tranquila, ¿vale? No son horas exactas. Si un día llegas más tarde no voy a echarte la bronca. ¿Quieres tomar algo antes de empezar?

—Un poco de agua estaría bien. —Me acerco a la barra y le doy una botella.

—Gracias. No sé si seré capaz de hacer mucho.

—Seguro que sí. Vamos a hacer algo sencillito. No te preocupes.

Pongo la música y comenzamos a bailar. Cada movimiento de su cintura me hace enloquecer. Mis manos se funden en su espalda y recorren sus caderas. Cuando acaba la música sigo pegado a ella. Nuestros ojos se encuentran y su cuerpo se acerca más al mío. Su boca está a tan solo un milímetro de mis labios. Veo como cierra los ojos. Estoy a punto de dejarme llevar, pero me alejo de ella y digo:

—Creo que está bien por hoy. Eres muy buena. Tienes mucho ritmo. —Trato de disimular la excitación que asoma por mi entrepierna. Ella parece desilusionada y finge una sonrisa.

—Gracias, Jaime. Ha estado genial la clase. Nos veremos el viernes. —Su voz parece triste.

—¡Silvia! —Ella se gira y me mira. Estoy a punto de acercarme a ella y decirle que se quede, pero soy incapaz. ¡Soy un maldito cobarde!—. Nos

vemos el viernes. —No digo nada más. Ella sigue su camino.

Venía preparado para decirle que me gusta. La conversación que tuve con mi madre me hizo pensar, pero el miedo sigue dominando mi mente. No estoy preparado para sufrir de nuevo. No estoy seguro de que ella se sienta atraída por mí. Ni siquiera sé qué tipo de relación sería capaz de plantearse conmigo.

La semana pasa rápido. Laura y yo ya hemos formado varios grupos de baile, y la cosa funciona bastante bien. Cuando emprendí este camino nunca pensé que todo fuera a ir de esta manera.

El jueves recibo un mensaje de Silvia que me deja algo desconcertado.

SILVIA_20:35

Hola, Jaime. Perdona que te moleste, pero te escribo para cancelar nuestra clase de mañana. Me es imposible asistir. Sé que te aviso con poco tiempo. No te preocupes, aunque no vaya la abonaré igual. Gracias y perdona. Un beso.

¿Cancelar la clase? Algo ha debido de pasar y no pienso esperar más tiempo para averiguarlo.

JAIME_20:37

Hola. ¿Ocurre algo? ¿Estás enferma? No te preocupes, que me has avisado con tiempo. No pienso cobrarte la clase. Espero que estés bien.

SILVIA_20:39

No. Solo me ha surgido algo que no puedo cancelar. Tienes que cobrármela, Jaime. En el papel pone que hay que avisar con veinticuatro horas de antelación, y yo no lo he hecho.

JAIME_20:41

Ya te he dicho que no te pienso cobrar. Silvia, no te conozco mucho, pero tengo la sensación de que esa cancelación no tiene que ver con ningún compromiso, ¿me equivoco?

Su respuesta se hace esperar, y eso me pone nervioso.

SILVIA_21:00

Parece que me conoces más de lo que crees. No quiero que pienses que soy una idiota por lo que te voy a decir, pero tengo miedo de volverte a ver.

JAIME_21:02

¿Miedo? ¿No te he tratado bien?

SILVIA_21:04

En absoluto. Mi temor es que, al seguir viéndote, me gustes más de lo que ya lo haces. Siento decírtelo así, pero es la verdad.

JAIME_21:05

¿Lo dices en serio?

SILVIA_21:07

¿Por qué tendría que bromear? Siento si te ha sentado mal.

JAIME_21:08

¡Por supuesto que no! Es más, a mí me pasa lo mismo contigo. El otro día cuando casi nos besamos... Tendría que haberlo hecho.

SILVIA_21:10

Yo pensé que tenías pareja y que lo había malinterpretado todo. La otra noche dijiste una frase que me hizo pensar, y después, cuando te quitaste, entendí que no podía ser.

JAIME_21:14

No estoy con nadie, pero mi vida es un tanto complicada. Me gustaría que pudiéramos hablar de esto en persona. Puede que cuando te lo cuente, tampoco quieras tener nada conmigo.

SILVIA_21:15

Para que eso sucediera tendrías que ser un psicópata. ¿Lo eres?

JAIME_21:17

Puede estar tranquila; no lo soy. ¿Te apetece que quedemos mañana por la noche? Nos saltaremos la clase.

SILVIA_21:18

Me parece perfecto. ¿Dónde nos vemos?

JAIME_21:19

¿Te parece bien que te recoja en el bar a las 21:00?

SILVIA_21:20

Allí estaré. Estoy deseando que llegue mañana.

JAIME_21:21

Yo también. Un beso.

¿Ya está? ¿Así de fácil? ¿Nos gustamos los dos? ¡Mi madre tenía razón!
¡Por qué no la haré caso más a menudo!

Estoy deseando que den las nueve de la noche de mañana para poder verla.
En realidad, lo que más deseo es poder besarla.

Al día siguiente derrocho felicidad. Laura también lo nota, y a ella no se lo puedo ocultar. Le cuento todo lo que ha sucedido entre Silvia y yo. Parece encantada. Me pide que vaya tranquilo y despacio.

Me paso el día pensando en lo que voy a decirle, pero creo que cuando consiga tenerla en frente, no seré capaz de articular palabra.

Cuando llego a casa, todo se complica.

Me ducho, me visto y, cuando estoy a punto de salir, Estrella me llama.

—Papá, ¿podemos hablar?

—¡Claro, cariño! ¿Qué ocurre?

—Últimamente sales mucho, y la abuela me ha dicho que a lo mejor pronto tendremos una mamá. —Mi madre siempre hablando de más.

—Solo he salido dos días, hija. Sabes que ha sido por el trabajo.

—Hoy no parece que vayas a trabajar. Te has echado colonia —añade enfadada.

—No. Hoy he quedado con una amiga para cenar.

—¡No quiero ninguna mamá! Tú y yo estamos bien como estamos. No quiero que entre ninguna extraña en nuestra casa.

—Escucha, cariño. Nadie va a venir a ocupar el puesto de mamá. Ya te he dicho que solo es una amiga, pero llegará el momento en el que papá tendrá

que rehacer su vida. ¿Quieres que me quede solo para siempre?

—Tú no estás solo, me tienes a mí. Yo no voy a dejarte.

—Hija, te harás mayor y tu pensamiento cambiará.

—¡No necesitamos a nadie! ¡Estamos bien solos! —Estrella llora mientras que sale corriendo hacia su habitación.

—¡Estrella! —grito. Mi madre me acaricia el brazo.

—Tarde o temprano lo entenderá —dice.

—No tenías que haberle dicho nada; no todavía.

—Es mejor que lo vaya sabiendo. Tiene que hacerse a la idea de que tú tienes que seguir tu vida y que eso no quiere decir que vayas a apartarla a ella.

—¡Da igual, mamá! Tendría que habérselo dicho yo.

—No te enfades, hijo. No pensaba que se lo fuera a tomar así.

—Te agradezco que me ayudes con ella, pero hay temas en los que prefiero que no te metas. Son cosas entre ella y yo. —Me quito el abrigo y voy hacia la habitación de Estrella.

—¿Por qué te quitas el abrigo? —pregunta mi madre.

—No voy a ir a ningún lado. No puedo dejar que Estrella se quede así.

—No puedes protegerla siempre. Tarde o temprano te arrepentirás.

Ni me molesto en girarme. No tenía derecho a decirle nada. Soy yo el que tiene que tratar esos temas. Estoy enfurecido. Entro a la habitación de Estrella. Está llorando. Me acerco a la cama y le toco la pierna.

—No quiero que estés así. Yo quería hablar contigo pero la abuela se ha adelantado.

—¿Vas a casarte, papá?

—¿¿Qué tonterías estás diciendo?! Nadie ha hablado de eso. Estoy conociendo a alguien, pero, por el momento, solo es una amiga. No voy a casarme, ni va a venir nadie a vivir aquí, y mucho menos estoy tratando de buscarte una madre. Tú ya tienes una, aunque ella se fuera hace años.

—Lo sé, papá. No quiero tener que compartirme con nadie. Nadie puede romper lo que tú y yo tenemos.

—Por supuesto que no, pero eso no quiere decir que yo no pueda rehacer mi vida, cariño. ¿Prefieres que me quede solo?

—No estás solo, yo estoy contigo.

—Todo el mundo necesita amor.

—Yo puedo dártelo, papá.

—Ya lo haces, pero no hablo de ese amor. Me refiero al amor entre dos

personas adultas. Aunque yo estuviera con otra persona, mi relación contigo no cambiaría.

—Eso decís todos.

—¿Eso decís todos? —¿Desde cuándo mi hija habla así?—. ¿De qué estás hablando?

—Los padres de Ania también se separaron. Su padre se busco a otra mujer, y ahora Ania ha dejado de ser importante para él.

—No creo que eso sea así.

—¡Claro que sí! Apenas la ve, y cuando lo hace es porque su madre se lo exige. Ha dejado de quererla, papá. No quiero que pase lo mismo con nosotros.

—Eso no va a suceder.

—No lo sabes.

—Te lo prometo.

—No prometas algo que no sabes si serás capaz de cumplir. Vete a tu cita y déjame a mí aquí: sola.

—No voy a irme a ningún lado. Voy a preparar algo de cena. ¿Te espero abajo? —La sonrisa de mi hija es triunfal. Supongo que ha logrado su propósito: que cancele mi cena.

Salgo de la habitación con la sensación de que mi hija ha crecido y que ni siquiera me he dado cuenta. Llevo años dedicándome exclusivamente a ella, y no porque alguien me lo impusiera, sino porque esa fue mi elección.

Me aterra el pensamiento que tiene de que voy a dejar de quererla. En este momento ella sigue siendo mi prioridad.

Cojo mi teléfono y escribo...

JAIME_20:30

Hola. Siento avisarte con tan poco tiempo, pero me ha surgido un problema y no puedo acudir a nuestra cita. Espero que me disculpes. Un beso.

Me contesta casi al momento.

SILVIA_20:32

¿Ha ocurrido algo? ¿Estás bien? No te preocupes. Podemos dejarlo para otro día. Espero que no sea nada. Un beso.

JAIME_20:33

Un problema familiar. No te preocupes. Lo siento, de verdad.

SILVIA_20:34

La familia es lo primero. Cuídate. Un beso.

La familia es lo primero.

Eso es cierto. Mi hija está por encima de cualquier cosa, incluso del amor. Cuando decidí ocuparme de ella, lo hice con todas las consecuencias. No quiero perderla, ni quiero volver a verla triste. Yo puedo vivir sin amor, pero no sin el cariño de Estrella.

8. Esquivando al amor

El fin de semana lo paso con Estrella. No he sido capaz de escribir a Silvia. Supongo que llegados a este punto, tampoco sabría qué decirle. El lunes llega rápido y volvemos a encontrarnos en nuestra clase.

—Hola, Jaime.

—Hola, Silvia. Quería... disculparme. Siento no haberte avisado antes.

—Las cosas surgen así. No estoy enfadada. Me hubiera gustado cenar contigo, pero no pudo ser. En la vida hay prioridades. Espero que todo esté bien.

—Mejor, sí. ¿Empezamos?

—¡Claro! —Una sonrisa se dibuja en su rostro.

Solo hemos dado dos clases, pero son suficientes para saber que esta mujer despierta todos mis sentidos. Me pasaría horas bailando con ella, rozando su piel, tocando cada centímetro de su cuerpo. En mi cabeza solo se dibuja una idea: hacerle el amor hasta caer exhaustos, respirar su aroma y rendirme a la pasión que los dos sentimos. La realidad es muy distinta. No puedo hacerlo. No quiero complicar más las cosas. Silvia me gusta mucho más que para un revolcón. Ella despierta sentimientos en mí que ya creía haber olvidado.

Después de una hora soñando a su lado, nuestra clase se termina. Ella se aparta de mí pero, como siempre, lo hace con una sonrisa.

—¡Tus clases son fantásticas! —me dice.

—Lo eres tú. —Nuestras miradas se encuentran y ella vuelve a acercarse a mí. Acaricia mi mejilla y yo cierro los ojos. Nuestros labios vuelven a estar a centímetros y vuelvo a separarme. No puedo besarla. Si lo hago, todo será mucho más complicado.

—¡Vaya! Mi segundo rechazo.

—No te lo tomes a mal, pero... no quiero complicar las cosas.

—¿Besarme supone una complicación para ti?

—Creo que sí. No tengo una vida fácil, y si empezamos a sentir... todo va a resultar más difícil.

—Vale. Lo entiendo. Tengo que irme. Nos vemos el viernes.

—Cuídate. —Coge su bolsa y se marcha, mientras que yo me siento un estúpido. ¡Me moría de ganas por besarla! ¿Cómo puedo ser tan idiota?

Hace años que no me gusta alguien como lo hace Silvia, pero tengo que renunciar a lo que siento. No quiero hacer daño a mi hija. Ella no se lo merece.

El miércoles, cuando Laura y yo acabamos nuestra clase, recibo un mensaje:

SILVIA_12:15

Hola, Jaime. Siento lo que te voy a decir, pero no puedo continuar con las clases. Llevo dándole vueltas desde el lunes, pero creo que es lo mejor. Me gustas mucho, y creo que yo a ti también porque así lo siento, pero no entiendo por qué frenas esto que sentimos. Me gustaría convencerte de que lo nuestro puede funcionar, pero tengo la sensación de que hay algo en tu vida que no te deja dar un paso al frente. Yo, por mi parte, no puedo seguir viéndote. No quiero tener que reprimir mis sentimientos y prefiero que esto termine antes de que sea más doloroso. Espero que me perdones. Pasaré a pagarte las clases esta semana. Cuídate. Un beso.

—¡Mierda! ¡Soy un gilipollas! —digo en voz alta.

—¿Qué ocurre? —pregunta Laura.

—Después de años vuelvo a sentir y dejo escapar todo de nuevo.

—¿Silvia? Pensaba que las cosas entre vosotros iban bien.

—Eso creía yo, hasta que Estrella...

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—No quiere que nadie más entre en nuestra vida. Tiene miedo de que deje de quererla.

—¡Eso es una tontería!

—¡Es mi hija, Laura! No imaginas las palabras que me dijo.

—¿Y? No tiene derecho a decirte que renuncies al amor solo por un miedo infundado. Es una niña, Jaime. Tarde o temprano lo entenderá. No puedes dejar que maneje tu vida de esa manera. Tienes derecho a ser feliz. Hazle ver que nadie va a quitarle su puesto, y que el que tú te enamores es compatible con el amor que sientes por ella.

—No lo entiende. Al parecer, una amiga de su colegio está sufriendo porque sus padres están separados, y el padre ha dejado de prestarle atención.

—Eso es un caso puntual. No todos los padres son así.

—Lo sé, pero ella no lo cree. Supongo que le han llenado la cabeza de idioteces.

—No quiero meterme en tu vida, pero deberías pensar que ella se hará mayor y hará su vida como lo hemos hecho todos. No puedes renunciar a ser feliz solo por que tu hija tenga miedo de perderte. Es muy egoísta.

—Sé que tienes razón, pero también sé que, si empezara algo con Silvia, ella no lo aceptaría. Todo serían problemas. A eso también podemos añadirle que Silvia no sabe de la existencia de Estrella.

—¿No le has hablado de ella?

—Pensaba hacerlo el día de la cena, pero tuve que cancelarla. No quería dejar a Estrella así.

—Resuélvelo con tu hija, y no dejes escapar a esa mujer. He visto cómo te brillan los ojos. No hace falta ser muy listo para saber que lo que sientes por ella es algo más que atracción.

Laura tiene razón. No puedo dejarla escapar, pero ¿y Estrella? No puedo permitir que mi hija sufra. ¿Por qué la vida tiene que ser tan complicada?

No soy capaz de contestar al mensaje. No vuelvo a tener noticias de ella en toda la semana, hasta que una mañana, mientras que estoy recogiendo algunas cosas en la barra, oigo su voz.

—Buenos días, Laura. Vengo a pagar las clases que debo. —Volver a oírla me hace sonreír.

—Hola, Silvia. ¡Cuánto tiempo sin verte por aquí!

—Sí. He aprovechado que libraba para pagar mis deudas.

—Siento que hayas dado el viaje para nada, nena.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Jaime me ha dejado muy claro que no te cobre ni un solo euro.

—¿Cómo que no? Él me ha dado las clases y no me sentiría bien si no las pagara.

—Eso tienes que hablarlo con él. Yo no puedo decirte nada. —En ese momento, sé que es la hora de salir.

—Hola, Silvia. —Solo con escuchar mi voz, su tez se queda pálida.

—Hola, Jaime. No sabía que estabas aquí.

—¿Puedes dejarnos solos un momento, Laura?

—Por supuesto. Tengo muchas cosas que hacer.

—Jaime, ya me ha dicho Laura que no quieres cobrarme, pero no me parece bien. Tú has perdido el tiempo conmigo, y es justo que lo haga. Así funcionan los trabajos.

—Para mí no ha sido tiempo perdido. Todo lo contrario. Me ha gustado mucho enseñarte, si es que he podido hacerlo. Creo que te debo una explicación de todo lo que ha ocurrido.

—No tienes que hacerlo. Todo está bien.

—Lo necesito. ¿Tienes planes para comer?

—No. Tengo el día libre. Me quedan algunas cosas pendientes, pero pueden esperar.

—¡Estupendo! En media hora habré acabado. ¿Quieres esperarme?

—Puedo irme y volver luego.

—Prefiero que te quedes. Si te vas, corro el riesgo de que lo pienses y decidas no volver.

—Yo no haría eso.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, Gracias. Haz lo que tengas que hacer, tranquilo. Yo te espero aquí.

—Te prometo que no tardaré.

Vuelve a regalarme esa sonrisa que tanto me gusta. Hago todo lo que tengo pendiente y media hora después, tal y como había prometido, he acabado y le pido a Laura que sea ella la que se encargue de cerrar hoy.

—¿Lista?

—Por supuesto.

—¿Alguna preferencia para comer?

—Nada de asiáticos, por favor.

—¡Hecho!

Vamos a un restaurante que queda cerca del centro y que estoy seguro de que le encantará.

Cuando llegamos, las palabras se pierden en mi mente. Tengo tantas cosas que decirle que no sé por dónde empezar.

—Me alegro de que aceptaras mi invitación. No me he portado demasiado bien contigo. Ni siquiera tuve el valor para poder contestarte el otro día.

—Sabía que no lo harías.

—Soy un cobarde, pero no solo por no contestar, también por no ser sincero contigo desde el primer momento. Me gustaría que mi vida fuera más fácil, pero lo cierto es que no es así. Tengo una hija, Silvia. Llevo muchos años sin tener una relación y las mujeres que han pasado por mi vida han hecho que no crea en el amor. Cuando Estrella apareció, decidí que ella sería la única mujer en mi vida. De eso ya han pasado seis años. Todavía es muy pequeña para entender según qué cosas, y entre ellas está que alguien entre en nuestras vidas. Siempre hemos sido nosotros y aunque no le he hablado de ti directamente, alguien lo hizo por mí. Por eso tuve que cancelar nuestra cita. Tuve problemas con ella, porque alguien en el colegio le ha metido historias en la cabeza. Sé que no debería de hacer caso de una niña de seis años, pero es inevitable. No quiero que sufra y parece que el que papá rehaga su vida no le hace demasiada ilusión.

»No puedo dejar que mi hija se sienta desplazada por esto, pero también sé que no puedo renunciar a lo que estoy empezando a sentir. No te pido que la quieras, o que te conviertas en su madre, porque ella ya tuvo una y nadie ocupará su lugar. Tan solo te pido que, si de verdad tú sientes lo mismo por mí, trates de entenderlo y darme tiempo para poder solucionar las cosas. —Se hace un silencio y mis ojos se clavan directamente en ella, buscando una respuesta. Necesito saber que no saldrá corriendo. Veo cómo suspira y frota sus manos contra el pantalón.

—Supongo que buscas una respuesta, pero no soy yo la que puede dártela, Jaime. Si te soy sincera, me alegra saber que es tu hija lo que te tenía así. Por un momento había pensado que estabas casado. No puedo negarte que es una sorpresa, pero si lo que esperabas que te dijera era que no quiero tener nada contigo por tener una hija, estás totalmente equivocado. Tu hija no supone un problema para mí, pero, por lo que cuentas, yo sí lo supongo para ella, a pesar de que tú y yo ni siquiera mantenemos una relación. Yo puedo esperar todo el tiempo que me pidas, Jaime, pero creo que no es tiempo lo que necesitas. La niña tiene que entender que si su padre rehace su vida, no es nada malo, todo lo contrario. Sé lo difícil que es; solo tiene seis años y con esa edad es difícil manejarlos. Me gustaría poder ayudarte, pero no quiero involucrarme demasiado. No quiero interponerme entre vosotros.

¿Dónde ha estado esta mujer metida toda la vida? Sus palabras me hacen comprender, aún más, que estoy delante de la mujer más maravillosa del mundo.

—¡Eres increíble! Casi no nos conocemos y estás dispuesta a esperar, no has puesto ningún problema con el tema...

—Para mí no lo es. Supongo que habrá gente que tenga que lidiar con eso y le resulte complicado, pero yo estoy muy segura de lo que quiero en la vida. Me gustas mucho, Jaime. Siento cosas muy intensas por ti y me gustaría que me dieras una oportunidad para demostrarte quién soy en realidad y todo lo que puedo ofrecerte. No hace falta ser muy lista para darse cuenta de que en el pasado te han dañado el corazón, pero estoy segura de que todavía se puede arreglar. Me gustaría poder hacerlo.

—A mí me gustaría que lo hicieras. No conozco mejor remedio que tú. — Mis labios se acercan a los suyos y, por fin, vuelvo a besarla. He soñado una y otra vez con este momento, incluso había perdido la esperanza de que sucediera, pero tengo que reconocer que, ahora que la tengo tan cerca, es mucho mejor que en mis sueños.

Sus labios son cálidos, desprenden deseo, pero también ese toque de dulzura que tanto me gusta. Me pasaría la vida besándola, pero ella tiene un claro efecto en mí que es imposible reprimir. Me separo de ella y ambos sonreímos como dos idiotas.

—Por un momento había olvidado que estábamos aquí —me pronuncio.

—Yo también. Parece que todo el mundo nos mira.

—Creo que les hemos dado un buen espectáculo. Si no fuera por que he recordado dónde estábamos, creo que no hubiera sido capaz de parar.

—Yo tampoco. Llevo días esperando a que sucediera esto.

—Lo sé. He soñado todas las noches con este momento.

—Iremos despacio. No tenemos prisa.

—Nuestros horarios no son los mejores, pero supongo que podremos cuadrarnos de alguna manera.

—Seguiré yendo a tus clases.

—Corres el riesgo de que me pase la hora besándote en vez de enseñarte pasos nuevos.

—Estoy dispuesta a todo.

—¿Estás segura? Podrías engancharte a mis besos.

—Eso es lo que más me apetece. —Se acerca a mí de nuevo y sus labios se

deshacen junto a los míos. Un beso menos intenso, pero cargado de todo lo que sentimos.

—Tenemos que volver. Tengo que ir a recoger a Estrella al colegio.

—Sí. Yo también tengo cosas que hacer antes de volver a casa.

—¿Nos vemos el viernes?

—¡Por supuesto! Estoy deseando que llegue ese día.

—Nos vemos en unos días. —Me acerco a ella y la beso.

—Cuídate. —Su boca vuelve a dedicarme esa sonrisa que tanto me gusta.

Cuando decidí contarle todo, me pudo el miedo. Pensé que saldría corriendo, pero ha sucedido todo lo contrario. Sé que tiene razón, y no solo ella, también mi madre y Laura. Tengo que hablar con Estrella y explicarle la situación. Estoy seguro de que, si conociera a Silvia, todos esos pensamientos desaparecerían de su mente, pero por el momento necesito ir despacio. No quiero agobiarla ni imponerle nada. Necesito que las cosas vayan con calma.

9. El comienzo

Han pasado tres semanas desde que Silvia y yo decidimos llevar lo nuestro con calma, pero lo cierto es que no solo nos vemos en nuestras clases de baile, también sacamos tiempo para vernos cuando ella sale de trabajar o en algún rato de la comida.

Bailar lo que se dice bailar... no bailamos, pero los besos invaden nuestras horas juntos.

Todo va muy bien. Hemos hablado de nuestro pasado, de nuestras aficiones, incluso me he atrevido a contarle por el infierno que pasé hace unos años. Sus ojos me decían todo lo que con palabras no pudo expresarme y sé que sintió pena por lo que me ocurrió. No se lo he contado por esa razón. He llegado a un punto en el que necesito hacerme entender a mí mismo que esa historia forma parte de mi pasado y que lo que venga nuevo, no tiene por qué ser como lo anterior. No es que haya pasado página, es que ese libro lo cerré hace mucho tiempo y, hasta ahora, no me había dado cuenta de ello.

Silvia me ha hecho comprender que la vida puede darte malas experiencias, pero que también te regala momentos maravillosos. Yo tenía mi mente puesta en el pasado, tratando de reprimir lo que sentía por ella por miedo a que volviera a sucederme de nuevo. Temor por caer en una nueva obsesión y volver a sufrir. Ahora no solo estoy yo, también está ella: Estrella. Por eso no puedo permitir que esos recuerdos vuelvan a atormentarme.

Sé que Silvia es diferente. No tengo que conquistarla, porque ella ya lo hace conmigo. Es detallista, cariñosa y sé que sus sentimientos por mí son sinceros. Me gustaría pensar que todo va a ir bien y que esta vez será la definitiva.

Mientras que mi historia con Silvia va viento en popa, la historia con mi hija parece caer en picado. Trato de hacer cosas con ella, dedicarle todo el

tiempo que puedo, pero creo que sabe que me veo con alguien. Mi madre dice que le dé tiempo y que siga saliendo cuando me apetezca, incluso a cenar, pero yo, por el momento, me veo incapaz de dejarla sola. Es como si sintiera que la estoy abandonando.

Trato de ver a Silvia cuando la niña está en el colegio o cuando voy al bar por las tardes.

Me ha pillado con el móvil embobado en más de una ocasión y supongo que eso le ha llevado a pensar que ocurre algo, pero no puedo evitarlo. ¡Estoy enamorado! Silvia ha hecho que vuelva a creer en las oportunidades y en el amor. Puede que otro en mi lugar renunciara al amor por su hija, pero yo no puedo hacerlo. No cuando sé que la mujer que tengo al lado es la que he estado esperando durante tanto tiempo.

Todo parecía ir bien, hasta que un día recibo una nota en la agenda de mi hija. Algo poco habitual.

Hola. Me pongo en contacto con usted para citarle a una reunión conmigo este jueves. Sería a las 15:30. Espero que pueda venir. Su hija está teniendo comportamientos algo extraños y me gustaría poder comentarlos con usted.

La tutora.

¿Comportamientos extraños? Creo que es la primera vez que recibo una nota del colegio de Estrella. Conozco a casi todo el equipo docente porque trabajé allí. La mujer que se quedó con mi puesto, casualmente, es la tutora de mi hija. Todavía no he podido charlar con ella. Mi madre fue a la primera reunión por mí, ya que yo andaba muy liado con el tema del local. Conozco el colegio a la perfección y creía que Estrella no tendría ningún problema allí, pero claramente me equivocaba.

—Estrella, tenemos que hablar.

—¿De qué papá?

—He visto la nota de tu profesora. ¿Qué ocurre en el colegio? Pensaba que te iba bien. ¿Has tenido algún problema?

—No, papá.

—Me gustaría que, si ha ocurrido algo, fueras tú la que me lo contara.

—Yo no he hecho nada. ¿No vas a creerme?

—Te creo. Sé que no me engañarías, pero quiero saber si tienes algún

problema en el colegio.

—Hay una niña que...

—Termina la frase.

—No nos llevamos bien y siempre me regañan a mí por su culpa.

—¿Por qué no hablas con la profesora?

—Porque nunca me cree.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Estás muy ocupado con tus cosas. No tienes tiempo para mí.

—¡Eso no es verdad, Estrella! Siempre estoy pendiente de todo lo que te pasa.

—Sé que tienes una novia, papá. Te ves con ella a escondidas porque no quieres que me entere.

—¿Qué estás diciendo?!

—Te he oído hablar con ella. Y la abuela también lo hace.

—No quiero engañarte. Es cierto que me veo con alguien, pero eso no quiere decir que me vaya a olvidar de ti. Para mí siempre vas a ser la persona más importante en mi vida.

—Cuando tengáis otro bebé, te olvidarás de mí. Dejaré de ser tu niña. Solo te encargarás de quitarle los pañales y de quererle. No tendrás tiempo para mí.

—¿De dónde sacas todas esas cosas?

—Todo el mundo lo sabe.

—Mañana iré a hablar con tu profesora y después, tú y yo tendremos una charla de todo esto. Quiero que dejes de pensar en tonterías y que tengas clara una cosa: yo nunca voy a olvidarme de ti. No estoy pensando en tener ningún bebé, pero si llegara el momento, nunca dejaría de quererte. Tú siempre serás la niña de mis ojos. Eres la hija más preciosa y buena del mundo, y papá te querrá siempre, aunque te hagas mayor y te vuelvas una gruñona. —Corre a mis brazos y no digo nada más. Sé que lo que los dos necesitamos es estar un rato así: llenándonos de amor el uno al otro.

Solo tiene seis años, y si hay cosas que son difíciles de entender para mí, ¿cómo no lo van a ser para ella?

Necesito que Estrella y Silvia se conozcan para que ella entienda que todos sus miedos, son infundados.

Al día siguiente, me mensajeo con Silvia:

JAIME_10:15

Hola, amor. ¿Cómo va tu día? El mío no va todo lo bien que quisiera. Ayer me enteré de que Estrella no va bien en el colegio, y su profesora me ha llamado para que hablemos hoy. Lo mejor de todo es que la nota lleva en la agenda desde el viernes pasado. Me siento un mal padre. Últimamente parece que todo lo hago mal.

SILVIA_10:30

Hola, cariño. Siento lo de la nota del colegio. Seguro que todo está bien y es una tontería sin más. No le des importancia ni te cuestiones como padre, porque estoy segura de que eres el mejor. Los niños son así. A veces no se portan tan bien como deberían, pero solo es eso, una llamada de atención. Te mando un beso muy grande. Tengo que seguir trabajando. Hablamos más tarde.

No puedo evitar sentirme preocupado por lo de Estrella. Sé que solo es una niña, y que probablemente sea una tontería de críos, pero nunca me habían llamado por que hubiera algún problema. Sé perfectamente que todo esto es por lo que está ocurriendo en mi vida personal y es inevitable sentirme culpable.

10. Algo inesperado

Llego al colegio a las tres y aprovecho para saludar a mis antiguos compañeros. Es un lujo conservar tan buena relación con todos ellos. Mentiría si digo que no echo de menos mi trabajo, a mis compañeros, a los niños, pero decidí que mi vida tenía que ser otra y no me arrepiento de la decisión que tomé.

Después de un rato charlando con ellos, me dispongo a ir a la clase donde la tutora de mi hija me ha citado. Ni siquiera sé su nombre. Olvidé preguntárselo ayer a la niña.

Cuando llego a la clase, toco la puerta y entro.

—Buenas tardes. Soy el papá de... —No puedo continuar la frase. Cuando subo la mirada, veo a Silvia al lado de la pizarra mirándome. ¿Qué hace ella aquí? No entiendo nada.

—Hola, Jaime.

—¿Qué haces tú aquí?

—Soy la tutora de tu hija.

—¿Cómo? —Por mi mente pasan millones de cosas, pero hay una que lo hace para quedarse. Me ha mentido.

—Antes de que digas nada, quiero explicarte las cosas. Yo me sentí tan sorprendida como tú cuando me enteré. Sé que tenía que habértelo contado, pero no he tenido el valor suficiente para hacerlo.

—Me has mentido, Silvia.

—No. Solo he tratado de buscar el momento adecuado para contártelo.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Desde que me hablaste de la niña. Me pareció demasiada coincidencia que tuvieras una hija con ese nombre y que hubieras trabajado aquí.

—Nunca me has contado que eras profesora. En todo este tiempo, ni siquiera lo has mencionado.

—Quería hacerlo, pero cuando descubrí que tú eras su padre me entró miedo. No podía decírtelo.

—¡Odio las mentiras! ¡Me has tenido engañado! Yo como un idiota contándote que tenía una reunión con la profesora de mi hija y resulta que eras tú. No esperaba algo así por tu parte.

—Solo quiero explicártelo. Cuando lo descubrí, intenté decírtelo en varias ocasiones, pero al final nunca podía. Quería decirte que la niña y yo nos llevábamos de maravilla y que si algún día nos presentabas todo saldría bien. Después me dijiste que era mejor seguir llevándolo en secreto y me vine abajo. Sé que no tengo justificación. Debería habértelo dicho, pero no quiero que lo nuestro cambie por esto. Sí, soy la profesora de tu hija, pero eso no cambia nada; al revés, puede que facilite mucho más las cosas. Estrella y yo tenemos una buena relación y ella confía mucho en mí. Creo que le gustaría saber que soy la novia de su padre.

—Mi hija nunca va a saber esto. No quiero que volvamos a vernos, Silvia. Puede que para ti todo esto sea una tontería, pero yo te he abierto las puertas de mi corazón, he tratado de que todo entre nosotros sea perfecto, he sido sincero. Algo que tú no has hecho conmigo. No había nada de malo en decirme que eras la profesora de mi hija. Es más, me hubiera alegrado.

—¡Nada cambia, Jaime! Sigo siendo la misma mujer. Sigo queriéndote de la misma manera. No puedes separarme de ti solo por eso.

—¡Claro que puedo! No puedo seguir con alguien que me miente, y mucho menos cuando mi hija está en el medio.

—¡No es cómo tú piensas!

—Me gustaría creerte, pero no puedo.

—Jaime, por favor... —Coge mi mano, pero yo la suelto. Sus ojos se llenan de lágrimas y, aunque en ese momento lo que más me apetece es estrecharla entre mis brazos, sé que no debo hacerlo.

—Creo que me has citado para hablarme de mi hija.

—Sí. Siéntate. Estrella es una niña muy aplicada y muy buena. En estos meses nunca he tenido ningún problema con ella, pero desde hace dos semanas solo se mete en líos, habla en clase, trae los deberes sin hacer, está todo el día cabreada. El cambio es notable. Yo he hablado con ella, pero creo que con quien debe hablar es contigo.

—Ya me ha comentado algo. Me ha dicho que tiene problemas con una niña de clase que no la deja en paz y que siempre la castigan por su culpa.

—Eso no es así, Jaime. Es ella la que provoca el enfrentamiento. No sucede solo en mi clase, también en las demás. Hemos notado un gran cambio en ella y por eso te he hecho venir.

—¿Y por qué tendría que creerte? Ella me ha dicho que nunca la crees.

—Porque no tengo por qué mentirte. Si crees que te engaño, puedes preguntarles a los otros profesores. Sé que tienes buena relación con ellos. Yo he hablado con ella y creo que solo quiere llamar tu atención. Piensa que, haciendo este tipo de cosas, tú pasarás más tiempo con ella y dejarás de verme a mí.

—¿A esa conclusión has llegado como novia o como profesora?

—¿Por qué eres tan duro conmigo?

—Hablaré con ella. ¿Algo más que decirme?

—Sí... Te quiero, Jaime.

—Bien. ¿Algo relacionado con lo de mi hija?

—No.

—Entonces me marchó. No tengo nada más que hacer aquí. Espero que cualquier cosa que veas, me la comuniques lo antes posible, no pasados quince días.

—Lo siento. Solo quería intentar arreglarlo antes de llamarte.

—Tú no eres su madre. Este tipo de cosas las tengo que solucionar yo. —Sé que le duelen mis palabras. He sido demasiado duro, pero la rabia me puede. Me marchó de allí sintiéndome traicionado. ¿Cómo ha podido mentirme en algo como esto? Si no me hubiera citado, jamás me hubiera enterado de la verdad. ¿En qué estaba pensando para ocultarme algo así?

Salgo de allí como alma que lleva el diablo. Ahora tendré que tener otra conversación con Estrella. Al final voy a creer que mi destino es estar solo.

Al llegar a casa, me espera la tarea más difícil: hablar con mi hija.

Después de enterarme de la mentira de Silvia, todo me parece más complicado.

—Hola, hijo. ¿Todo bien? Tienes mala cara —pregunta mi madre.

—Hola, mamá. Siempre puede ir peor, ¿no?

—¿Malas noticias con la niña?

—Más tarde te lo contaré todo. Ahora tengo que hablar con Estrella. —Me dirijo a la habitación. Entro y la encuentro leyendo un cuento.

—Hola, papá.

—Hola, Estrella. Ven, siéntate a mi lado. Quiero hablar contigo. —Ella se acerca y me mira con los ojos humedecidos.

—¿Has hablado con mi profe? —pregunta.

—Sí. Me gustaría que me dijeras qué es lo que está sucediendo, pero sobre todo, quiero que me cuentes por qué me has mentido.

—No lo he hecho. Es cierto lo que te conté de esa niña, pero nadie me cree.

—Tu profesora, mejor dicho, *tus profesoras* no dicen lo mismo. Al parecer, eres tú la que no para de provocar enfrentamientos. —Las lágrimas caen por sus mejillas—. No me gusta tu comportamiento. Nunca has sido así. Si el motivo de tu cambio es porque yo me veo con alguien y quieres llamar mi atención, te adelanto, que no vas a conseguir nada. Siempre he sido flexible contigo, quizás porque no me has dado ningún problema. Has sido una niña diez, pero en este momento me siento defraudado y muy decepcionado contigo. Lo siento. —Cuando estoy a punto de salir añado—: Por cierto, estás castigada.

Voy al salón y me siento en el sofá mientras suspiro. Mi madre me mira.

—¿Te apetece hablar? —pregunta.

—Ahora no, mamá.

—Cuando quieras hacerlo, solo tienes que decirlo.

Ella siempre ha sido mi gran apoyo. Ha sabido estar a mi lado en silencio y aconsejarme como solo una madre puede hacer.

Desde que le planteé la adopción de Estrella, estuvo dándome ánimos, respetando cada una de mis decisiones. Me ayudó a cuidar de ella y estoy convencido de que no tendré vida suficiente para agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros.

Mi día termina como ha empezado: mal.

No tengo ganas de bajar a cenar y decido quedarme en la habitación. Poco antes de las once, recibo un mensaje:

SILVIA_22:55

Hola. Perdón por las horas. Solo quería saber cómo estabas. Me hubiera gustado escribirte antes, pero ni siquiera sabía qué ponerte. Siento mucho todo lo que ha sucedido. Espero que algún día puedas perdonarme.

Imagino que habrás tenido una conversación con Estrella. No seas

muy duro con ella; es una buena niña. Te mando un beso. Te echo de menos.

Leo el mensaje varias veces, pero decido no contestar. No puedo. Me siento herido y cualquier cosa que pueda decirle, estoy convencido de que le provocaría un daño que, en este momento, no quiero hacerle.

El resto de la semana, permanezco ausente. No está siendo fácil lidiar con las mentiras de las dos personas a las que quiero.

El viernes todo se complica cuando Silvia se presenta en el bar.

—Hola —dice con la voz entrecortada.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Tenemos clase, ¿no?

—Creía que entre nosotros había quedado todo claro.

—Pensaba que nuestras clases no tenían nada que ver.

—No puedo seguir viéndote. Da igual si es en el colegio, aquí o en la calle.

—¿Nunca vas a perdonarme? —No contesto—. Las cosas no son como tú piensas —continúa—. Si me dejaras explicarme...

—¡No quiero saber nada! ¡Ya no! Has tenido tiempo para contarme la verdad y no lo has hecho. ¿Por qué tendría que escucharte ahora? Yo he tratado de ser sincero contigo. Pedía lo mismo por tu parte. —Ella rompe a llorar y a mí se me parte el alma. Le acaricio el hombro—. No me gusta verte llorar.

—No lo hago para darte pena. No estoy bien con todo lo que está pasando entre nosotros. Sé que no te he contado la verdad y que tendría que haberlo hecho, pero me sentí acorralada. Quería que lo nuestro saliera bien.

—¿Pensabas que mintiéndome lo nuestro duraría?

—Cuando quise contártelo ya era demasiado tarde.

—Llevo toda mi vida sufriendo decepciones en el amor. He dado lo mejor de mí cada vez que he estado enamorado y nunca he sido correspondido. Ahora he llegado a una conclusión: quiero alejar de mi vida el amor. He pasado años sin él y tengo que decir que es cuando mejor he estado.

—Solo te pido que me des una oportunidad para demostrarte que estás equivocado, que conmigo las cosas van a ser diferentes.

—Siento ser duro, pero no puedo hacerlo.

—¿Has dejado de quererme? —Su pregunta me deja perdido y tardo varios

segundos en contestar.

—No se trata de eso.

—Sigues queriéndome, si no fuera así hubieras dicho que no. Sé que tengo esperanza. Te daré tiempo. Piensa y no tomes una decisión precipitada. No voy a agobiarte. Seré paciente. Estoy segura de que solo estás enfadado, que cuando se te pase, podrás ver todo lo que te quiero y no podrás separarte de mí. Estoy enamorada de ti. Esperaré el tiempo que haga falta.

Me dice eso y se marcha, dejándome con un único pensamiento: la quiero más de lo que imaginaba.

11. Lucha por lo que quieres

Silvia

Nunca nos damos cuenta de lo importantes que son las personas hasta que las perdemos, aunque a mí no me hacía falta que ocurriera eso para saber que Jaime es alguien especial.

Hace solo unos meses que nos conocemos, pero son suficientes para comprender que estoy enamorada de él y que le quiero en mi vida.

Nunca le he dicho que llevo años detrás de él, enamorada como una idiota y que mientras que él estaba feliz con Laura, yo lloraba por las esquinas por no poder estar a su lado.

Nunca me atreví a decirle nada. ¿Qué iba a pensar de mí? ¿Qué era una loca desquiciada?

El único que sabía de mis sentimientos era Roland. Me pasaba las noches llorándole. Él me contaba lo que le ocurría con Laura y yo no podía estar más enfadada con ella por no saberle querer.

En ese momento, me hubiera gustado decirle que estaba ahí, que yo podría darle todo el amor del mundo, pero él nunca me vio. Ni siquiera se acuerda de que bailamos en un par de ocasiones. Jaime solo tenía ojos para ella, era más que evidente.

Cuando descubrí que se iban a casar, me aparté de todo aquello. Dejé de ver a Roland, de ir a bailar y de ver a Jaime. Él dejó de frecuentar el bar, y esa fue mi excusa para olvidarme de él, o por lo menos intentarlo.

Dos años más tarde, me enteré de lo que había pasado con Laura. Volví a retomar el contacto con Roland y me preocupé por Jaime.

Los sentimientos que creía olvidados volvieron y esta vez para quedarse.

En el momento que me enteré de que Jaime había abierto de nuevo el local y

que daría clases, no lo dudé ni un segundo: era mi oportunidad de conquistarlo. No podía dejarlo pasar.

Me apunté haciéndole creer que no sabía bailar. Por un momento, dudé de que pudiera acordarse de mí, pero me di cuenta de que eso era imposible.

En esos años, yo solo era una chica que rondaba el bar, y él estaba demasiado enamorado de Laura.

La casualidad no llegó con nuestras clases, lo hizo cuando descubrí que yo estaba cubriendo un puesto que él había dejado para dedicarse al baile.

Todo el mundo hablaba de Jaime y un día una de las profesoras me enseñó una foto en la que él salía. No solo estaba dando clase a los niños que él dejó, sino que ahí estaba su hija. Lo supe mucho antes de que la profesora me lo dijera. Estrella no paraba de hablar de su padre, y siempre me decía que bailaba, que de vez en cuando le enseñaba pasos nuevos. Nuestras conversaciones me hicieron pensar que estaba con la hija de Jaime. No quise decirle nada. Él ya me había confesado de la existencia de su hija hacia unos días, pero no me vi con el valor de poderle decir que yo era su profesora.

Los días pasaban y nuestra relación cada vez iba a mejor, mientras que la de Estrella, caía en picado. La niña había cambiado su comportamiento, no solo conmigo, también con sus compañeros. Un día, en el recreo, le pedí que se quedara para poder charlar con ella. Era evidente que yo era la culpable de que ella se comportara así, aunque en ese momento la niña no lo supiera. Conseguí que se sincerara y me contara lo que le estaba pasando. Me dijo que su padre había conocido a alguien, y que su abuela le había dicho que pronto tendría una mamá. Para ella fue como un jarro de agua fría. Nunca había tenido que compartir a Jaime, y ahora sentía miedo por si su padre dejaba de prestarle atención, incluso temía por que la dejara de querer. En el fondo, ella entendía que su padre tenía que rehacer su vida, pero el miedo a que alguien de fuera viniera a quitarle el puesto, podía con ella. ¿Qué podía decirle? Los adultos también sentimos ese miedo. ¿Cómo explicarle a una niña de seis años que su padre nunca dejará de quererla?

Las siguientes dos semanas traté de que las cosas mejoraran, pero el comportamiento de Estrella cada vez era peor, y mis compañeros me dieron un toque de atención. Tendían un poco más la mano por el cariño que le tenían a Jaime, pero la situación llegó a un punto en el que la solución era clara: había que hablar con su padre. ¿Y a quién le tocaba? A mí, por supuesto. Para algo era la tutora de la niña.

Intenté alisar el terreno con Jaime antes de nuestro encuentro, pero de nada sirvió.

Le había mentido. No lo había hecho con maldad, pero el motivo era lo de menos. Solo quedaba esperar y rezar para que su reacción no acabara por destrozarnos.

Él se sintió dolido por mi mentira, y yo una estúpida por no haberle contado la verdad cuando tuve oportunidad.

Mi mundo se venía abajo sin él y no podía hacer nada. No estaba dispuesto a perdonarme.

Mi último intento fue ir al bar y hacer como si nada hubiera pasado. Teníamos clase, pero yo sabía perfectamente que él no me la daría. Aun así, gasté mi último cartucho. ¿Qué podía perder?

Estaba convencida de que no me recibiría con un ramo de flores, pero tampoco esperaba las palabras tan duras que me dedicó. Ahora solo tengo un propósito: hacerle ver que le quiero y que estoy dispuesta a todo por él.

Tengo un plan para conquistarle y sé que lo conseguiré.

12. Días de tristeza

Jaime

Han pasado dos semanas desde que vi a Silvia por última vez y me siento acabado. He vuelto a perder la ilusión, y de lo que único que tengo ganas es de estar tirado en alguna parte.

He tenido que aguantar la charla de Laura. Sé que solo se preocupa por mí, pero no necesito que nadie lo haga. Soy bastante mayorcito para cuidarme yo solo.

Quizá lo que me hacía falta era que alguien me devolviera a la realidad y me recordara algunas cosas que mi mente había olvidado.

—Jaime, ¿podemos hablar? —pregunta mamá.

—¡Claro! ¿Qué ocurre?

—Eso me gustaría saber a mí, qué es lo que te ocurre. Llevas días abandonado, es más, me atrevo a decir que llevas días sin pasar por la ducha. ¿Has visto en lo que te has convertido?

—Tienes una manera muy peculiar de llamarme guarro. —Río, pero por la expresión de mi madre, sé que a ella no le ha hecho ninguna gracia.

—No estoy para bromas. Quiero que te levantes, te duches y vayas a trabajar. La casa no se mantiene sola, y no puedes dejar todo el peso del negocio a Laura. ¡Esa es tu responsabilidad! ¿En qué piensas? Vuelves a ser el mismo hombre inseguro de hace años. Cada vez que alguien te abandona, te escondes en ti mismo y te olvidas de todo lo que hay a tu alrededor. Las personas que te quieren también sufren. Deberías ser más consecuente con tus actos. No se acaba el mundo porque esa mujer te haya mentado, igual que no se acabó cuando...

—¡Ni la nombres! Bastante tengo con tener que verla en navidad. ¡Ella es

agua pasada! —le increpo.

—¡Da igual! Ella, Laura... ¿qué más da? La gente pasa por nuestra vida, y por algún motivo, acaban desapareciendo. Eso no es malo. Puede que en el momento no seamos capaces de verlo, pero, con el tiempo, te das cuenta de que era lo mejor que nos podía pasar. Has superado muchos obstáculos en la vida. ¿Tengo que recordarte el tiempo que estuviste internado? No puedes hundirte cada vez que fracasas en el amor. Para encontrar a la persona adecuada, a veces hay que luchar un poco más y no rendirse a la primera de cambio.

»Te mereces ser feliz, pero no pones de tu parte para que eso suceda. Si quieres a esa chica, ve a por ella, olvida lo que ha sucedido y date una oportunidad; dásela a ella. Y si no es eso lo que quieres, levántate de ese maldito sofá, vístete y recuerda que tienes el motivo más bonito para vivir: tu hija. No eres el único que está sufriendo. Ella a su manera, también lo hace. ¿Y sabes por qué? Porque te ve. Estrella se siente culpable de tu tristeza y puede que la tenga, pero es demasiado pequeña para cargar con esa culpa. Dice que no hablas casi con ella, que has perdido la sonrisa y que estás ausente. Está sufriendo, al igual que yo. Seguramente también esa muchacha.

»Puede que una mentira te parezca un mundo, pero a veces solo se trata de mirar un poco más al fondo y descubrir que las cosas buenas pueden tapar los fallos. No estoy de acuerdo con los engaños, pero no veo tan grave que te lo ocultara. Tendría que habértelo dicho, pero ¿te has puesto en su tesitura? Quizá se vio asustada y no supo qué hacer. No estás solo. Ahora tienes a alguien de quien cuidar. No quiero volver a verte como años atrás. Espero que recapacites.

Mi madre se marcha. Me quedo pensando en cada una de sus palabras. Tiene razón. No puedo dejar que la situación me pueda como ocurrió años antes. No debo permitir que esto influya en mí ni en nuestra relación.

Hago caso a mi madre: me meto en la ducha, me visto y salgo al bar. Cuando llego, Laura está allí. Me dedica una sonrisa al verme.

—Te echaba de menos —me dice.

—Yo también. Siento haberte dejado sola tantos días. No...

—No tienes que decirme nada. Sé cómo estás. Solo quiero que vuelvas a ser el de siempre. No me preocupa ocuparme de esto, lo sabes. ¿Estás mejor?

—Sí. Las charlas de mi madre siempre me hacen reaccionar.

—Me alegro.

—¿Alguna novedad? —pregunto.

—Sí. —En ese momento escucho la voz de Silvia.

—¡Ya estoy aquí! Siento el retraso, Laura. —Parece sorprendida al verme —. Hola. No sabía que estabas aquí —añade.

—Esta es nuestra gran novedad. Silvia da clases los lunes por la mañana y los jueves y viernes por la tarde.

—Pensaba que no querías seguir aprendiendo —digo.

—¿Aprendiendo? —increpa Laura—. Esta mujer no necesita aprender nada. No viene en calidad de alumna. Ella es la profesora. —¿Profesora? ¿De qué está hablando Laura?—. ¡Quita esa cara de sorpresa! Tú mejor que nadie deberías saber lo bien que baila. Tengo que decirte que incluso, lo hace mejor que tú. —Laura me guiña un ojo.

—No sabía... —digo.

—Me gustaría hablar contigo y contarte algunas cosas, pero tenemos una clase pendiente. Si quieres, cuando acabemos, podemos ir a tomar un café. ¿Te apetece? —pregunta Silvia.

—Creo que...

—¡No digas nada! Piénsalo. Luego me dices algo.

Volver a verla ha sido como respirar aire fresco. No creo en las casualidades y estoy seguro de que por alguna razón hoy nos hemos encontrado. Quizás sea hora de tomar ese café. Me muero de ganas por saber lo que tiene que contarme.

Mientras que ellas dan la clase (que, por cierto, está abarrotada) yo me pongo al día con las cuentas y a reponer género para por la noche. Desde la barra, puede ver cómo Silvia da instrucciones a los alumnos. No puedo evitar sonreír. Lo hace realmente bien. Puede que tenga madera para esto.

Al final, quiera o no, mi vida y la gente que me rodea siempre va a estar vinculada al baile.

Cuando terminan, se acercan a mí.

—¿He gestionado bien la empresa? —pregunta Laura.

—Muy bien, diría yo. Parece que podría cogerme vacaciones y dejarte a ti a cargo.

—Sabes que no me importa; eso sí, no más de una semana, por favor. No creo que pueda llevarlo bien mucho más tiempo. —Los tres reímos—. Tengo que irme, chicos. Luna quiere que la lleve esta tarde a comer tortitas, y tengo que adelantar algunas cosas en casa.

—Disfruta de la tarde. Te lo mereces —añado.

—Pásalo bien, Laura. ¿Nos vemos el viernes? —dice Silvia.

—¡Por supuesto!

Laura se marcha y volvemos a quedarnos solos. Ella no para de mirarme, supongo que está esperando una respuesta, o quizás solo quiere que empiece una conversación. No espero más y tomo la palabra.

—¿Te apetece un café? —pregunto.

—Por supuesto.

Giramos un par de calles y encontramos una cafetería. Cuando nos atienden, me atrevo a preguntar...

—¿Cómo estás?

—He tenido rachas mejores, pero estoy bien. ¿Y tú?

—Supongo que la respuesta es la misma. Me gustaría que las cosas fueran diferentes, pero dadas las circunstancias...

—Quería proponerte algo, pero no sé si te apetecerá.

—Te escucho.

—Mis padres tienen una casa en Andorra, y me gustaría ir el fin de semana. Me encantaría que vinieras. Que pudiéramos charlar. Tengo muchas cosas que contarte. Quisiera que fuera con calma.

—No sé si estar solos es lo que más necesitamos en este momento. Los sentimientos siguen ahí.

—Los míos también, pero vamos en calidad de amigos. No tienes que preocuparte. La casa es demasiado grande como para tener que dormir juntos. Puede que no consiga que volvamos a estar juntos, pero me gustaría que supieras algunas cosas.

—Lo pensaré, ¿de acuerdo? —Me sonrío. Parece satisfecha con mi respuesta. Puede que sepa que me muero de ganas por irme con ella. Da igual el lugar. Lo importante es tenerla cerca.

—¿Cómo va todo con Estrella?

—Llevamos unos días un poco duros. Creo que tengo una conversación pendiente con ella. ¿Qué tal va en clase?

—No ha vuelto a meterse en ningún problema, pero lo cierto es que la encuentro un poco triste. He tratado de hablar con ella, pero es difícil.

—Creo que eso lo ha heredado de su padre.

—Es una niña muy buena. Solo necesita un poco de tiempo para asimilar algunas cosas. Puedes hablar con el psicólogo del colegio.

—Conozco a Jorge desde hace muchos años, pero preferiría no tener que hacerlo. Trataré de solucionarlo en casa, y si no es suficiente, contaré con él. Gracias.

—No tienes que dármelas. Quiero mucho a Estrella. Solo llevamos unos meses juntas, pero congeniamos muy bien.

—Nunca hubiera imaginado que tú fueras la que se quedó con mi plaza.

—Yo tampoco. Puede que sea cosa del destino.

—¿Por qué dices eso?

—Si te animas a venir al viaje, te lo contaré —me guiña un ojo.

—¿Sabes que eso es chantaje?

—Sí, pero de alguna manera tengo que conseguir que vengas, ¿no? —Silvia mira el reloj y saca el monedero del bolso, pero pongo mi mano encima de la suya.

—Yo invito.

—Gracias. Tengo que irme, Jaime. Solo tengo una hora para llegar.

—¿Quieres que te acerque?

—¿Me harías ese favor?

—¡Claro que sí! ¡Vámonos!

Cuando llegamos a la puerta del colegio, me dice:

—¿Pensarás lo del viaje?

—Sí. Te prometo que lo haré.

—Gracias por traerme. Me ha sabido a gloria el café. Echaba de menos estar contigo. —lo suelta así, y sin más se marcha del coche, dejándome con una sonrisa de idiota el resto del día. ¡Adoro a esta mujer!

Por la tarde, hablo con Estrella y solucionamos las cosas. Ella me dice que no volverá a hacerlo y que entiende que quiera verme con chicas (sé que mi madre ha vuelto a decirle algo sobre el tema).

Durante toda la noche le doy vueltas a la propuesta de Silvia. ¿Debería irme? Puede que ese viaje solo complique más las cosas. No creo que ninguno de los dos sea capaz de separar lo que sentimos. A eso también hay que añadirle que no es el mejor momento para irme de casa. Acabo de arreglar las cosas con Estrella y aunque me ha dicho que entiende que me vea con alguien,

no veo que sea el mejor momento. ¿Qué debo hacer?

13. Descubriendo secretos

Después de pasar un par de días pensando en el dichoso viaje, decido hablar con mi madre. Ella me dice que no lo dude y que me vaya, que no me preocupe de Estrella; ella lo entenderá.

Necesitaba ese empujón y cuando por fin lo tengo, escribo a Silvia.

JAIME_11:15

Hola. ¿Qué tal? Siento decirte esto tan tarde, pero... me encantaría ir contigo a esa casa. Puede que tuviera que decírtelo antes. Si no se puede, no te preocupes.

Me contesta casi al instante.

SILVIA_11:17

Hola. ¡No imaginas la ilusión que me hace saber que vendrás! ¡Por supuesto que no es demasiado tarde! Estoy en clase, pero en cuanto salga te llamo y hablamos. Soy muy felizzzz!!!

Una hora más tarde me llama. Derrocha felicidad, y yo me siento igual. Puede que este viaje nos traiga muchas cosas buenas a los dos. Concretamos algunas cosas, y quedamos el viernes por la tarde en el bar para irnos.

Ahora me queda la peor parte: hablar con Estrella.

No puedo evitar sentir miedo después de las semanas que hemos pasado, pero en algún momento tenía que enfrentarme a esto.

Por suerte, se lo toma bien. Es cierto, que al principio no parece muy entusiasmada, pero después se interesa por saber con quién voy a ir al viaje. De momento, no quiero contárselo. Hasta que no esté seguro de que las cosas

entre Silvia y yo pueden salir bien, lo mejor es que la niña no se vea involucrada.

Parece que, poco a poco, las cosas se van poniendo en su sitio.

Viernes...

Por fin llega el ansiado momento. Me despido de Estrella y de mamá, y pongo rumbo al bar a buscar a Silvia. Parezco un quinceañero que hace su primer viaje sin sus padres y con la chica que le gusta.

Cuando llego, ella me está esperando fuera. Bajo a cogerle la maleta y ponemos rumbo a Andorra.

Nos pasamos el camino hablando. Ella me cuenta cosas del colegio, y yo la escucho con atención, hasta me atrevería a decir que con adoración.

Horas más tarde, entramos en la casa. Nunca la hubiera imaginado así, pero creo que es lugar más bonito para dos personas que están enamoradas.

El comedor es más parecido a una buhardilla de madera. En él hay una chimenea que, por cierto, está encendida. Ante mi mirada, Silvia me aclara que uno de los vecinos ha entrado a encenderla para que cuando llegáramos la casa estuviera más caliente.

Me enseña las habitaciones. No son demasiado grandes, pero la forma en la que están decoradas hace que sienta ganas de quedarme para siempre.

Es una casa rústica, todos los muebles son de madera, y en las habitaciones hay cuadros con fotos. Me acerco y creo reconocer a Silvia en algunos de ellos. Cuando bajamos ella me dice:

—Ponte cómodo. ¿Te apetece una copa de vino?

—¡Claro! —Sale de la cocina con dos y me tiende una.

Se sienta a mi lado en el sofá y me pregunta:

—¿Qué te parece la casa? ¿Te gusta?

—¡Me encanta! La manera en que está decorada...

—Yo lo hice. Me llevó meses y muchos dolores de cabeza, pero al final conseguí ponerla a mi gusto. He pasado demasiados meses en el paro y necesitaba despejar la mente. Este fue mi escape.

—Lo has hecho muy bien. ¿Te costó encontrar trabajo?

—Sí. Hasta que tú dejaste la plaza, yo he ido vagando de colegio en colegio. Haciendo suplencias. A veces solo de horas. Estaba cansada de no tener un sitio fijo.

—Hice bien en irme, entonces.

—No quería decir eso.

—No me arrepiento de la decisión que tomé, pero es cierto que hay muchas cosas que echo de menos. Sobre todo a los niños.

—Me consta que ellos a ti también. Los profesores hablan maravillas de ti, y la directora también. No creo que pueda ocupar el vacío que dejaste.

—¡No digas tonterías! Yo también tengo informadores, y están encantados contigo.

—¿Has preguntado por mí?

—Tenía que asegurarme de que mi hija estaba en buenas manos. —Sonrío.

—¿Y cuál es la conclusión?

—Que está en las mejores. De verdad, sé que te portas muy bien con ella, pero que también lo haces con los demás. Temía por el cambio que pudieran sufrir ellos, pero creo que se han adaptado a ti a la perfección.

—Mentiría si te dijera que ha sido fácil.

—Los comienzos nunca lo son, pero no hay que tirar la toalla.

—¿No te gustaría volver?

—No. En este momento estoy haciendo lo que realmente quiero. Me ha costado mucho tiempo lograr mi sueño, pero por fin lo he conseguido, y no puedo sentirme más feliz con ello.

—Eres muy valiente. Yo no sé si hubiera sido capaz de arriesgar tanto.

—Al final, tienes que poner todo en una balanza y decidir lo que realmente te hace feliz. Durante muchos años el baile fue mi escape y mi pasión. Quería que alguien sintiera lo que yo sentí.

—Lo hiciste bien, porque había mucha gente que te admiraba.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Yo sé muchas cosas. Más de las que puedes imaginar.

—¿Van a empezar las confesiones?

—Sí, pero antes; necesito otra copa de vino. —Se levanta del sofá, coge una botella y llena nuestras copas—. Antes de contarte nada, quiero que brindemos por que esta noche todo sea perfecto, porque hoy nos desnudemos el alma y nos contemos todo lo que tenemos pendiente, pero sobre todo, porque necesito que después de contarte todo, seas capaz de perdonarme.

—Me estás asustando.

—¿Quieres que empiece ya?

—Lo estoy deseando.

—Bien. Empezaré por el principio, lo que quiere decir que tengo que

remontarme a años atrás. Un bar de copas muy conocido en el que se bailaba, a la vez que se daban clases: el Latin Club. Un hombre rubio muy atractivo, que podía llevarte al mismo cielo con solo rozar tus caderas, una chica enamorada de él, otra que no le quería como merecía, y un hombre incapaz de ver más allá de Laura. —Se me descompone la cara al oír todo eso. Silvia y yo, ¿ya nos conocíamos?

—¿De qué hablas? —pregunto.

—Solo quiero que me dejes terminar. Lo vas a entender todo. Te lo prometo.

—Yo entré en el Latin Club por casualidad. Mis amigas decidieron ir a tomar una copa allí, y a mí no me pareció mala idea. Ya había oído hablar de ese sitio. Tomamos un par de copas, y entonces, ahí, en la pista, apareciste tú. Todo el mundo te miraba. Nunca había visto a nadie bailar de esa manera, y mucho menos que provocara esas sensaciones en mí. Minutos más tarde, salió Laura a la pista de baile. Desde que pusiste las manos en sus caderas, me di cuenta de que lo vuestro no era solo una relación de baile. Yo me quedé embobada contigo. Salí de ese local con un propósito: conocerte. Pero para eso, tenía que aprender a bailar, y aquí viene la segunda parte.

»Durante meses fui a clases con Roland. Él me enseñó todo lo que sé hoy. Fue un magnífico profesor, y una persona encantadora conmigo. Él fue el único que se enteró de mis sentimientos hacia a ti. Ni siquiera fui capaz de contarles nada a mis amigas.

»Roland me contó que tú estabas loco por Laura desde hacía tiempo, y que él mismo había tratado de juntaros. Yo nunca perdí la esperanza, y una noche que tú llegaste al local supe que era mi oportunidad. Roland nos presentó, y tuvimos un acercamiento. Para mi desgracia, solo fue un baile. Ni siquiera te fijaste en mí. Era de esperar. Yo no era Laura, ella era alta, delgada, con una melena rubia impresionante, y yo solo era... —Las lágrimas se escapan de sus ojos, y puedo ver que hay algo que no me ha contado todavía. Coge aire, y continúa con la historia—. Yo solo era la chica gordita que se moría por tus huesos, Jaime. No era tu prototipo de mujer, pero yo tenía que intentarlo. Roland me dijo que, a través del baile, se podían provocar muchos sentimientos, supongo que yo pensaba que eso sucedería contigo, pero me equivoqué. Durante los tres minutos que duró la canción fui la persona más feliz del mundo. Rozaste mis caderas, entrelazamos nuestras manos, sentí tu aliento en mi cuello..., toqué el cielo sin quererlo, y me di cuenta, de que eso

es a lo único que podía aspirar contigo: un baile.

»Lloré durante meses, pensando en que era yo la culpable de que no te fijaras en mí, pero aun así, seguía torturándome todas las noches, viéndote con ella.

»Roland empezó a preocuparse por mí. Decidió ser sincero conmigo y decirme que vosotros estabais juntos. Él siempre decía que ella estaba enamorada de otro, y que al final tú saldrías herido de todo eso, pero supongo que tampoco quisiste escucharle.

»Seguí con las clases de Roland, pero decidí no ir por las noches, aunque parece que tú lo decidiste antes que yo. Empezasteis a viajar y todo cambió. Roland se ocupaba de todo, y sin vosotros, la gente empezó a dejar de ir. Pude ver por la prensa que os había contratado la compañía Venezueladreams. Parecía que todo os iba bien. Yo trataba de sentirme feliz por ti, pero en cierto modo, mi propio sufrimiento no me dejaba. Lo último que supe de ti fue que ibas a casarte, y en ese momento, el baile dejó de ser importante para mí. Casi no hablaba con Roland, y ya no se hablaba de vosotros. Para mí, en cierto modo, fue un alivio.

»Pasé los peores meses de mi vida, pensando que nunca iba a poder estar contigo. Culpándome por mi aspecto físico y lamentándome por ser como era. Por suerte, siempre hay alguien a tu lado que te empuja para que abras los ojos y tomes decisiones, y yo lo hice. Decidí pedir ayuda, y me animé a ir a un psicólogo. Un mes más tarde, me di cuenta de que nunca tenía que haber ido. Él no me iba a solucionar nada, y me hacía sentirme casi más culpable de lo que ya me sentía.

»Así que me cité con un médico privado y comencé una dieta muy estricta. Al principio fue muy duro. Me mareaba, pasaba hambre. Estuve a punto de dejarlo, pero entonces, encontré mi válvula de escape: los niños. Empecé a estudiar, y con tantas cosas que aprender y un trabajo de doce horas como camarera que me busqué, seguir la dieta se convirtió en una tarea fácil. Perdí veinte kilos. Gané en salud, pero también lo hice en autoestima.

»Ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Es cierto que me siento mucho mejor, pero en ese momento no perdí peso por mí, simplemente lo hice porque en la sociedad no estaba bien visto ser gorda. Porque el chico que me gustaba ni siquiera se había fijado en mí. ¡Fui una idiota! Ya no me preocupo por eso. Trato de comer lo más sano posible, pero cuando no lo hago tampoco me siento culpable. No me importa coger algún kilo de más, y no vivo

preocupada por lo que puedan pensar de mí. Soy feliz como soy, y quiero que me quieran así. Delgada o gorda, sigo siendo la misma Silvia. Con la única diferencia, que ahora me quiero mucho más, y lo más importante: que me siento segura conmigo misma.

»Volviendo al tema... años más tarde volví a ver a Roland por casualidad. Apenas me reconocía, y me contó que el Latin Club iba de mal en peor, y que el dueño estaba pensando en venderlo. Noté la tristeza en sus palabras, y me di cuenta de que ese sitio, para muchos no solo había sido un sitio de baile y de copas, había sido una vida. Quedamos para tomar algo días después y me puso al día de todo. Me contó lo que te había ocurrido con Laura y que habías estado internado. No quise indagar mucho en el tema porque, en el fondo, volver a saber de ti también me dolía. Volvimos a recuperar el contacto, y meses después me contó que habías cogido el bar y que él iba a llevarlo por las noches. Me invitó a la inauguración. No estaba muy convencida de ir, pero al final lo hice y me alegro.

»Me había pasado años enamorada de alguien al que casi no conocía. Estaba segura de que volverte a ver, no iba a despertar nada en mí. Me equivoqué. Roland me dijo que estaba seguro de que no te acordarías de mí, y tenía razón. Cuando volvimos a vernos, por primera vez vi que tu mirada se clavaba en mí, y que esta vez sí estabas interesado en mí. Decidí apuntarme a las clases, aunque Roland me dijo que mi plan se desmontaría pronto. Yo bailaba muy bien, y tú no eras idiota. Ya me habías visto bailar con él y habías dicho que no me hacía falta ninguna clase. Todavía recuerdo el primer momento en el que nuestras manos volvieron a tocarse y volviste a rozar mis caderas. Habían pasado años, pero yo había vuelto a sentir ese cosquilleo en mi estómago. Estaba segura de que yo te gustaba. Laura había dejado de ser un impedimento entre nosotros, y Roland no me había dicho que estuvieras casado o que compartieras tu vida con alguien. Tenía que volver a intentarlo. No solo yo sentía cosas cuando bailábamos; estaba segura de que tú también.

»Para ese entonces, yo ya trabajaba en el colegio. Solo llevaba unos meses, pero estaba feliz de haber encontrado algo estable. Todo el mundo hablaba del antiguo profesor. No entendía por qué si eras tan bueno, te habías marchado de allí. Un día, por casualidad, Estrella me contó en qué trabajabas. Ella hablaba mucho de ti, y me hizo gracia saber que su padre también se dedicaba al baile. Descubrí que eras tú por un dibujo que hizo para la clase. En él salíais los dos bailando, y arriba ponía tu nombre y el de ella. Recordé que una de las veces

que bailamos, tú llevabas un colgante en forma de Estrella, me llamó mucho la atención, pero nunca te pregunté por su significado. Quizás tampoco me lo hubieras contado.

»Ese día, decidí buscar los datos de Estrella, y encontré tu nombre. Sería mucha casualidad que dos personas se dedicaran a lo mismo y se llamaran igual. Tú ya me habías hablado de la niña, y yo estaba segura de que mi instinto no me fallaba. Días más tarde, lo confirmé. Una de las profesoras me habló de ti y de la niña, y me enseñó una foto que tenían de ti en el colegio. Todavía estaba impactada. Era demasiada casualidad que después de tantos años, yo hubiera acabado en tu puesto, y que los dos estuviéramos...

—Enamorados —respondo.

—Sí. Lo demás ya te lo he contado. Eso es todo lo que me he guardado. Nunca he tenido el valor suficiente para poder contártelo, pero creo que, de alguna manera, la vida nos ha dado una segunda oportunidad. He logrado que me quieras. Al principio me parecía algo complicado, pero creo que no solo te has enamorado de mi físico, también lo has hecho de la persona. Me he culpado durante años por no haberte dicho lo que sentía, pero ahora me doy cuenta de que la vida solo estaba jugando al despiste con nosotros. Los dos hemos sufrido, pero al final, aquí estamos, juntos. —Sus ojos se inundan de lágrimas—. Creo que este es nuestro momento, pero entenderé que no quieras perdonarme. Te he contado todo lo que tenías que saber.

Me quedo en silencio, tratando de digerir todo lo que me ha contado. ¿Cómo he podido estar tan ciego? Tuve al amor de mi vida delante de mí hace años y no supe verlo. ¿Qué clase de gilipollas era por aquel entonces?

—Podría decirte muchas cosas, pero solo te diré la más importante: soy un completo idiota. Siempre lo he sido. Te tuve delante de mí y no fui capaz de verte. Me siento un estúpido por no recordarte, pero no puedo engañarte. Por ese entonces, mis ojos solo estaban puestos en Laura. Estaba locamente enamorado de ella, obsesionado, y cualquier mujer que estuviera a mi lado no me parecía importante. Nada tiene que ver con que estuvieras más gorda o más delgada. Te lo prometo.

—No tienes que justificarte. La realidad es que, si te hubiera entrado por los ojos, aunque tus sentidos estuvieran puestos en Laura, me hubieras reconocido, pero no te culpo. La imagen dice mucho, y la mía por ese entonces... —Cojo su mano.

—¡Ni lo digas! Yo no me he enamorado de un cuerpo, Silvia. No te lo voy a

negar, eres preciosa. Desde que te vi no he podido sacarte de mi cabeza, pero lo que más me gusta de ti es la forma que tienes de quererme, de tratarme. Eres la primera mujer que me hace sentirme amado. Has luchado por mí hasta quedarte sin aliento. Llevas años haciéndolo. No te has rendido, a pesar de todo. No puedo sentirme más afortunado por tenerte a mi lado. La suerte es mía por haberte encontrado y por que me quieras. Soy yo quien tiene que sentirse agradecido. Gracias por seguir intentándolo. No voy a negarte que me hubiera gustado que me dijeras la verdad antes, pero tranquila, ya te había perdonado antes de venir a este viaje.

—¿De verdad? —Coge mis manos y su mirada se clava en mí, esperando una respuesta.

—¡Por supuesto que sí! Entenderás que tenía que hacerme el interesante. No puedo prometerte amor eterno, porque la vida ha hecho que deje de creer en él, pero lo que si puedo hacer, es asegurarte que cada día que estemos juntos te cuidaré y te querré como el primero.

—¿Eso quiere decir que vas a darme una oportunidad?

—Sí. Siempre que me perdones por haber sido tan idiota. No solo ahora, también en el pasado.

—No tengo nada que perdonarte. Ya te he dicho que no te reprocho nada. Ahora lo único que me importa es saber que por fin vamos a estar juntos. ¿Vas a tardar mucho más en besarme? —Reímos. Me acerco a ella, recojo su pelo y lo coloco detrás de su oreja. Mis labios se funden entre los suyos en un beso profundo, cargado de todo el amor que he guardado durante tantos días.

Apoyo su cuerpo despacio en el sofá, y comienzo a desabrochar lentamente su chaqueta, pudiendo disfrutar de la imagen de su cuerpo desnudo.

Mis manos pasean por sus pechos, bajando lentamente por su cintura. Puedo ver como mis caricias le hacen estremecer.

Mi mano baja hasta su sexo, y mis dedos juegan dentro de él. Compruebo que no solo provoco placer en ella, también el deseo cuando introduzco mis dedos dentro de ella. Sus manos bajan hasta mi miembro. Unos cuantos movimientos y consigue volverme loco.

Nuestros besos cada vez son mas desenfrenados, y nuestras respiraciones entrecortadas. No quiero separarme de ella, pero me levanto para coger un preservativo de la chaqueta. Me lo pongo y me sumerjo dentro de ella. Lo hago lentamente, pero Silvia levanta sus piernas. En ese momento, me vuelvo loco de placer, y pierdo el control.

Mis embestidas cada vez son más profundas y más rápidas. El deseo que sentimos no se puede explicar con palabras. Hundo mi cabeza en su cuello y me pierdo en ella. Consigo llevarla al éxtasis, y ambos caemos exhaustos en el sofá. Me mira con su tierna sonrisa, y me dice:

—Parece que el haber esperado tanto ha tenido su recompensa.

—Lo bueno siempre tarda un poco más.

—Tenía muchas ganas de estar así contigo. Llevaba meses deseándolo, pero quería que fuera especial.

—¿Y lo ha sido?

—Más de lo que imaginaba.

—Tengo que confesarte algo —añado.

—Dime.

—Le tengo fobia a las bodas. Puede que nunca te lo pida. —Se ríe.

—Tranquilo, a mí no me preocupa eso. Una boda es un momento bonito, pero en realidad solo es un papel. No lo necesito para saber que quiero pasar toda mi vida contigo.

—Me encanta que pienses así.

—Por cierto, puestos a ser sinceros... me encantan los niños, pero por el momento no quiero ser madre. No quiere decir que nunca lo vaya a ser, pero no en un futuro inmediato.

—Opino igual que tú. Me encantaría ser padre, pero por el momento, necesito disfrutar de Estrella un poco más.

—¿Has pensado en contarle lo nuestro?

—Sí. Tuve una conversación con ella antes de venir. Quiere conocerte. En un principio había pensado que no era lo más adecuado, pero ahora sé que quiero compartir mi felicidad con ella. Necesito que te conozca, que sepa quién eres, y que te quiera tanto como lo hago yo. Trataremos de ir despacio. No quiero que ella salga herida con todo esto. Aunque, estoy seguro de que cuando sepa quién eres en realidad, va a estar encantada.

—Yo también lo espero. Me gustaría compartir muchos momentos con vosotros, pero tengo que reconocer que tengo miedo de que ella no me acepte.

—Dudo mucho de que eso ocurra. Estrella es buena niña, y entenderá las cosas.

—Sé que te puede parecer una tontería, pero me gustaría saber algo más.

—¡Claro!

—¿Qué pasó con la madre de Estrella?

—Murió cuando ella era muy pequeña. Apenas la recuerda, aunque trato de hablar de ella.

—¿La querías mucho?

—Sí. Fue mi gran apoyo en unos meses en los que yo estaba destrozado. Nunca tuvimos nada. Solo fuimos amigos. Ella me ayudó en mis malos momentos, y yo lo hice igual.

—Pero...

—Mira, voy a contarte algo. Casi nadie lo sabe, porque cuando tomé la decisión, lo hice con todas las consecuencias, y desde ese momento, Estrella formó parte de mí. Meses después de conocer a Lena, ella enfermó. Tenía miedo de que su hija se quedara sola. El padre de Estrella había desaparecido, y ellas no tenían familia. Me pidió que me ocupara de ella. Me hizo prometerlo, e hicimos todos los papeles antes de que a ella le ocurriera algo. Tuvimos que casarnos para que todo fuera más rápido. Su enfermedad avanzaba y sabíamos que en cualquier momento podía morir.

»Adopté a Estrella, pero para mí no cambia nada. Es mi hija, aunque no lleve mi sangre. No tengo que dar explicaciones. Solo la gente más allegada a mí conoce la verdad. Me siento orgulloso de ser su padre. Hice lo mejor para ella y no me arrepiento. La paternidad me vino en el mejor momento. Lo necesitaba para salir del pozo donde me había metido. Nos ayudamos mutuamente. No voy a negar que al principio fuera muy duro. No tenía ni idea de cómo se lidiaba con un crío en casa. ¡Solo era profesor! Además, ella ya había dejado de ser un bebé. No empezábamos de cero. Tuve mucha suerte, porque desde siempre fue una niña excelente. Gracias a mi madre, todo fue mucho más fácil. Ella me ayudaba con Estrella, y me enseñó a llevarlo lo mejor posible. Ser padre no es nada fácil. Los niños no vienen con un manual de instrucciones. Y tampoco son todos iguales.

»Como ves, mi vida no ha sido fácil, pero de cada golpe me he levantado y he tratado de ser mejor persona. Creo que cada vez he sacado una mejor versión de mí.

—No te merecías tanto sufrimiento.

—Puede que no, pero eso me hizo ser más fuerte y darme cuenta de las cosas que eran realmente importantes. Empecé a valorar más a mi madre, los momentos familiares, las cenas. Pequeños instantes que me hacían muy feliz, y nunca me había dado cuenta de ello.

—Has sido muy valiente. Estrella tiene mucha suerte de tenerte.

—La suerte ha sido mía.

—Nunca hubiera imaginado una historia así.

—No me gusta contarlo. Es una cosa que quedó en mi pasado. Parece que, en tan solo unas horas, hemos sacado todos nuestros secretos a la luz.

—Es cierto. Ahora solo queda disfrutar de nuestro viaje... y de nosotros.

—Por supuesto. —Nos abrazamos, nos levantamos, cenamos algo y nos quedamos dormidos.

El fin de semana resulta ser fabuloso. Necesitaba un cambio de aires, pero también necesitaba una dosis de felicidad. Y eso sabe muy bien cómo hacerlo Silvia.

No ha sido solo un fin de semana de confesiones, también hemos tenido tiempo de llenarnos de caricias, de sonrisas y de mucho amor.

14. La felicidad tarda en llegar

Después de un fin de semana increíble, toca volver a la realidad.

La rutina me recuerda que tengo que dar explicaciones pero, sobre todo, tengo que hablar con mi hija.

Decido sentarme con ella ese mismo lunes cuando llega del colegio, y tratar de ser sincero con ella.

—¿Qué tal el colegio, cariño? —pregunto.

—Bien, papá. ¿Y tu novia? —«Empieza fuerte la cosa», pienso.

—De eso quiero hablarte. Este fin de semana, como sabes, lo he pasado con alguien. Llevamos un tiempo conociéndonos, y creo que te va a gustar. No pretendo que ocupe el lugar de tu madre, pero de lo que sí estoy seguro es de que la vas a querer mucho. Sé que tienes miedo, y que piensas que voy a dejarte a un lado, pero nada más lejos de la realidad, cariño. Tú seguirás siendo mi hija, y seguiré dando la vida por ti, aunque me haya enamorado de una mujer. Solo puedo ser feliz si tú también lo eres. Quiero que las cosas vayan despacio. No quiero que pienses que vamos a tener boda o bebés, porque, de momento, eso no va a ocurrir. Ahora mismo, solo quiero ocuparme de ti y poder disfrutar de todos nuestros momentos juntos. Solo necesito que sepas que, si algún día eso ocurre, no tienes que sentirte mal. Un hermano es algo estupendo. Es un aliado para toda la vida, y alguien que te querrá incondicionalmente, y con el que siempre podrás contar.

—¿Por qué tú no quieres al tío, entonces? —Mi hija se está haciendo mayor.

—¿Quién ha dicho que yo no le quiero? Nos vemos poco, pero eso no quiere decir nada.

—Os miráis raro, y si algún día tengo un hermano, no quiero que me mire como vosotros lo hacéis.

—Eso son tonterías de adultos a las que no tienes que hacer ningún caso. Solo quiero que entiendas que cada uno tiene su sitio. Que no se quiere más a un hijo que a otro por el simple hecho de ser más pequeño. Los bebés necesitan más cuidados, y por eso los papás tienen que prestarles más atención. De momento, no tienes que preocuparte de cambiar pañales.

—Los bebés son muy aburridos. ¿Cuándo me vas a presentar a tu novia? La abuela también la quiere conocer.

—¿Habéis estado hablando de eso?

—Un poco. Ella dice que ha visto una foto y que es muy guapa.

—Lo es. ¿Te apetece que mañana te recoja del colegio y te la presente?

—Me gustaría.

—Bien. Mañana sabrás quién es. —Sonrío a mi hija. Mis ganas de que el encuentro se produzca son infinitas.

Cuando termino de hablar con ella decido ponerle un mensaje a Silvia para decirle lo de mañana.

JAIME_18:30

Hola, amor. ¿Cómo ha ido tu día? Yo he tenido el día bastante movido. Mañana tenemos una cita, pero no estaremos solos: mi hija quiere conocerte. ¿Estás preparada? Te quiero. Un beso.

SILVIA_18:34

¿Lo dices de verdad? ¿Y qué tengo que hacer? ¿Qué digo? No esperaba que fuera a ser tan pronto. No sé si estoy preparada. ¿Y si me rechaza al saber que soy yo? ¡Estás loco!

JAIME_18:37

No tienes de qué preocuparte. Solo tienes que ser tú misma. Estoy seguro de que cuando sepa la verdad, va a estar muy contenta. Si no estás preparada, podemos dejarlo para más adelante. No quiero obligarte a nada.

SILVIA_18:38

¿Crees que es el momento? Si estás a mi lado sé que saldrá bien, aunque me puede el miedo por no ser lo que ella espera.

JAIME_18:39

Todo va a salir bien. Mañana iré a recogerla al colegio, y desde allí podemos ir a algún lado. ¿Te parece?

SILVIA_18:40

Me parece perfecto. Sé de alguien que no va a dormir esta noche.

JAIME_18:41

Ya somos dos. Confío en que todo saldrá bien. Mañana nos vemos, preciosa.

SILVIA_18:43

Seguro que sí. Hasta mañana, amor.

15. Llegó el día

No he conseguido pegar ojo en toda la noche. Los nervios han podido conmigo. Mi mente navegaba entre lo que podía pasar en el ansiado encuentro.

Sé que no debería preocuparme. Conozco a Silvia, y también a Estrella. Estoy convencido de que todo saldrá bien, o eso es lo que quiero creer.

La mañana pasa rápido. Silvia llega al bar para dar una clase de una hora, pero apenas podemos estar juntos. Yo me encuentro atareado entre tantos papeles, y solucionando algunas cosas con Laura.

Las horas pasan más lentas de lo que me gustaría pero, por fin, llegó el momento.

A las cinco, espero en la puerta del colegio a que salga Estrella. Cinco minutos más tarde lo hace corriendo y con una amplia sonrisa en su cara.

—¡Papá! —Se abraza corriendo a mí.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido tu día?

—Bien, papi. ¿Nos vamos?

—Tenemos que esperar un poco.

—¿Por qué?

—Ahora lo verás.

Estrella parece ansiosa. Silvia sale diez minutos después. Con paso lento y aparentemente nerviosa. Me dedica una sonrisa y se acerca a nosotros.

—Hola —dice.

—Hola. Papá, es Silvia, mi profe.

—Lo sé, cariño. Ya nos conocemos.

—¿Qué tal si vamos a otro sitio más tranquilo? —sugiere Silvia. La niña nos mira con cara de desconcierto.

—¿Ella viene con nosotros?

—Sí —contesto—. Es a Silvia a quien estábamos esperando. —Estrella se queda callada, y me mira... quizá esperando respuestas. —Te lo explicaremos todo, cariño. Vámonos. —Ella accede, aunque no deja de mirarnos en ningún momento.

Pronto llegamos a una cafetería y la niña espera con impaciencia que empecemos a contarle lo que está ocurriendo.

—Llegó el momento de contarte las cosas. Silvia es la persona con la que me he estado viendo este tiempo. Tuvimos unas semanas en las que dejamos de hacerlo, pero ahora hemos decidido que ya era hora de contarlo. No hemos querido decírtelo antes porque no sabíamos cómo te lo ibas a tomar. No sé qué opinas al respecto, pero quiero que sepas que los dos queremos lo mejor para ti. Silvia te quiere mucho. Creo que no podría haber encontrado a alguien mejor para que cuide de nosotros. Todo lo que te dije sigue en pie. Nada de boda ni nada de bebés por el momento. Solo queremos disfrutar de ti. Nadie va a quitarte tu sitio. Solo me importa que tú estés bien. Me encantaría que estuvieras feliz con esta noticia. —Ambos la miramos esperando que diga algo, pero ella guarda silencio.

—Lo que ha dicho tu padre es verdad. No vengo a ocupar el papel de tu madre. Me gustaría que me dejaras cuidarte y quererte, al igual que lo hago con tu padre.

—¿Podré contárselo a mis amigos? —Su respuesta nos hace reír. Si realmente esa es su pregunta después de todo, quiere decir que las cosas van bien.

—¡Claro! No tenemos que esconder nada. Eso sí; dentro de clase Silvia seguirá siendo tu profesora. No importa la relación que tengáis fuera.

—Lo entiendo —dice.

—Entonces, ¿te parece bien?

—Sí. Silvia me gusta y me cae bien. Podrías habérmelo dicho antes, papá.

—Creíamos que te costaría un poco más.

—Si tuviera que elegir una mamá, ella sería la primera. —Veo como salen lágrimas de los ojos de Silvia ante la respuesta de mi hija. Creo que ninguno de los dos esperábamos esa respuesta.

Silvia se acerca a ella y la abraza. Creo que es el momento más bonito que he vivido en mucho tiempo.

Los tres pasamos una tarde fabulosa. Parece que ellas se entienden a la perfección, y yo siento una felicidad absoluta. Es perfecto que dos personas a

las que adoras se entiendan tan bien, y saber que aprenderán a quererse tanto como tú lo haces con ellas.

Epílogo

Después de años de idas y venidas en el amor, por fin puedo decir que lo he encontrado. Que ha llegado, y que lo ha hecho para quedarse.

Silvia me ha hecho entender que el amor no es cosa de uno, sino de dos. Que cuando solo uno quiere con intensidad, no es suficiente para mantener una relación.

Siempre me he conformado con las migajas que me daban mis anteriores relaciones. No las guardo rencor, supongo que ellas lo hicieron lo mejor que pudieron. Gracias a todo ese sufrimiento, he conseguido encontrar a la persona que me complementa. Como se suele decir: mi media naranja.

Ha sabido esperar, luchar y demostrarme día a día que el amor puede volver a aparecer en cualquier momento.

Hay personas que quieren con el corazón, y otras que lo hacemos con el alma. Durante años he pensado que ese era mi error; ahora me he dado cuenta de que no. Ahora, por fin, tengo mi recompensa. Alguien que me quiere de la misma manera. La persona que no se dejó vencer hasta que consiguió conquistarme, la que hace que cada día sea especial, aquella que me recuerda que la felicidad se encuentra en los pequeños momentos. La persona de la que estoy enamorado y la que me ha enseñado a vivir de nuevo: Silvia.

Han pasado unos meses desde que decidimos estar juntos. Hemos ido despacio, tratando de que las cosas surjan sin más, y ahora sé que ha llegado el momento.

Estrella está encantada con ella. Supongo que, a su manera, ha sabido ganársela. No era muy difícil que mi hija la quisiera. Nunca he dudado de eso.

Antes de tomar la decisión que he tomado, he hablado con Estrella. Para mí es muy importante que ella apruebe lo que tengo entre manos. Ahora somos

una familia.

Esta noche buscaré la respuesta de Silvia, y aunque mi hija está convencida de que me dirá que sí, yo no puedo evitar estar nervioso.

Por la noche, en un ambiente más que romántico, con una cena a la luz de las velas y música de fondo, me dispongo a realizar la pregunta que me tiene en otro mundo desde hace varios días.

Cojo la mano de Silvia.

—Me encanta estar así contigo —digo.

—A mí también. No esperaba algo así, pero tienes el poder de sorprenderme siempre. Todavía no me has dicho a qué se debe. Estoy un poco nerviosa.

—Tengo que hacerte dos preguntas, y la primera será ahora. —Me levanto y cojo su mano—. ¿Bailas conmigo? —Me mira y no deja de sonreír.

—¿Sabes que esa es mi frase favorita? Mi respuesta siempre es que sí. Me encanta bailar contigo.

—Espero que nunca me digas que no.

—Ten por seguro que no lo haré. —Cojo su cintura y bailamos suavemente. Acaricio su oreja y coloco su pelo detrás de esta. Ella cierra sus ojos y suspira.

—Quiero preguntarte algo. Llevo días intentando hacerlo, pero al final siempre me puede el miedo.

—Me estás asustando. —Paramos de bailar y me mira intrigada. Me atrevería a decir que también preocupada.

—Estoy completamente seguro del amor que siento por ti. Has sabido ganarte mi amor, el de mi hija, el de mi madre, el de Laura... Has entendido la amistad que mantengo con ella sin juzgarme. Me has conquistado sin prisas, a pesar de lo idiota que fui en el pasado. Todos los días me demuestras lo importante que soy para ti, pero, sobre todo, lo importante que es Estrella para ti. Y después de declararme locamente enamorado de ti, solo me queda una pregunta por hacerte... ¿Quieres venirte a vivir conmigo? Puede que sea un poco pronto, que quieras ir despacio, pero lo cierto es que yo me muero por despertarme a tu lado todos los días, desayunar a tu lado y que te cabrees porque te quito la manta por las noches. No conozco nada más perfecto contigo. Sé que este momento podría ser digno de un anillo, pero sabes lo que opino de las bodas. Por el momento, te ofrezco las llaves de mi casa, que para mí significa el comienzo de una nueva vida a tu lado. ¿Qué me dices?

—Que un anillo no sería tan valioso como lo son para mí las llaves de tu casa. Soy feliz al saber que quieres que me despierte a tu lado todos los días. No necesito ninguna promesa. Lo único que me hace feliz es saber que me quieres cada día.

—Gracias por ser así. Te quiero más de lo que eres capaz de imaginar.

—Tú haces que sea así. Te quiero, Jaime, y lo haré hasta que me quede sin aliento.

Dedicatoria

Este libro quiero dedicárselo a la persona que ha sido un pilar importante en mi vida durante todos estos años: a mi madre.

A ti, mamá, por llenar mi vida de buenos recuerdos y tratar de que mi vida fuera más fácil.

No va a ser un camino fácil, pero voy a demostrarte que tienes mil y un motivos para sonreír, que la guerra se gana luchando y que la gente que te queremos, haremos todo lo posible por seguir sumando momentos contigo, para que nos sigas mirando a los ojos, para que sigas diciéndonos *te quiero*.

Te enseñaré a cumplir sueños, y que me acompañes en los míos. Te enseñaré a caminar de nuevo, como tú hiciste conmigo hace años. Te enseñaré que en los pequeños momentos habita la felicidad, y te daré solo tres motivos para que tu sonrisa nunca se borre de tu boca: Aitana, Cristian y Triana.

Ellos ahora son el pilar de tu vida.

Gracias por hacerme así, por estar orgullosa de lo que hago, pero sobre todo, por estarlo de mí. Te quiero, mamá.

Agradecimientos

No hay libro en el que no tenga que nombrar a la persona que hace posible que este sueño mío tan loco sea posible: Lola Gude. Gracias infinitas. Voy camino de dos años a tu lado, y siempre siento la misma ilusión al mandarte los correos.

Es maravilloso que hagas las cosas con ese cariño.

Gracias por darle forma a esta historia. Sin ti, puede que Jaime no hubiera tenido un final como el que se merece. Gracias, porque este libro ha llegado a ser eso por ti.

Chris Razo nació en Madrid el 7 de enero de 1990. Apasionada de la literatura, estudia Filología Hispánica en la Uned, compaginándolo con su trabajo, su familia y su hijo pequeño. Enamorada de la novela romántica comenzó a escribir desde muy pequeña, pero no fue hasta hace dos años cuando se decidió a autopublicar su primera novela. Desde entonces no ha parado de escribir.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Chris Razo

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-74-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial